CARTA PASTORAL

«Mira, hago nuevas todas las cosas»

(Ap 21, 5)

MONS. JOSÉ ÁNGEL SAIZ MENESES

Arzobispo de Sevilla

«Mira, hago nuevas todas las cosas» (Ap 21, 5)

Carta pastoral
de Monseñor José Ángel Saiz Meneses
Arzobispo de Sevilla

A los presbíteros y diáconos, miembros de la vida consagrada y fieles laicos y laicas de la Archidiócesis de Sevilla

ADVIENTO 2022

Portada: *Testigos de la Luz.* Juan Palomo Reina. 2022.

Separata del Boletín Oficial de la Archidiócesis de Sevilla

Edita: Archidiócesis de Sevilla

Diseño y maquetación: Delegación Diocesana de Medios de Comunicación. Archidiócesis de Sevilla.

Depósito Legal: SE 2329-2022

ÍNDICE

Introducción..... 5

I. Una sociedad en cambio constante.....19

1. Cambios profundos y dinamismo creador..... 19

2. Desafíos de una sociedad desvinculada y líquida..... 24

3. La situación familiar, eclesial y social..... 33

II. «Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación» (Mc 16, 15)..... 43

1. Del Cristo evangelizador a la Iglesia evangelizadora..... 45

2. La misión en el momento presente..... 48

3. La conversión para una salida misionera..... 52

III. El Evangelio que proclamamos.....63

1. Claves de respuesta a los desafíos del momento presente..... 63

2. Actitudes para emprender la tarea evangelizadora..... 74

3. Agentes y ámbitos de evangelización..... 85

Conclusión.....109

«*Mira, hago nuevas todas las cosas*» (Ap 21, 5)

Carta pastoral de Mons. José Ángel Saiz Meneses
Arzobispo de Sevilla

A los presbíteros y diáconos, miembros de la vida consagrada y fieles laicos y laicas de la Archidiócesis de Sevilla

INTRODUCCIÓN

Nos disponemos a iniciar un año litúrgico nuevo con el primer domingo de Adviento, y me gustaría compartir con vosotros algunas reflexiones a la luz de la Palabra de Dios para acompañar nuestro nuevo Plan Pastoral Diocesano. Mi primer curso en Sevilla ha resultado una inmersión tan amplia como intensa que me ha permitido conocer muchas realidades de la vida diocesana, en especial sus elementos más esenciales. Soy consciente de que me queda mucho por recorrer y por conocer, y mi deseo es hacerme presente en todos los lugares y en todos los ámbitos de misión pastoral.

En este curso confiamos que se podrá llegar a una normalización de la práctica totalidad de nuestra actividad pastoral. El futuro se presenta lleno de nuevas situaciones, de desafíos; pero sabemos que la verdadera y eterna novedad surge del poder divino, más aún, del amor de Dios, que nos dice aquí y ahora: «*Mira, hago nuevas todas las cosas*» (Ap 21, 5). Es Dios, el Creador de todas las cosas, el que fiel a su creación.

actúa en Cristo para retomarla y renovarla continuamente. Cristo hace nuevas todas las cosas por la nueva creación que se realiza en virtud del misterio pascual. Por nuestra parte, hemos de comenzar esta etapa reavivando el carisma que hemos recibido de Dios (cf. 2Tm 1, 6), y aplicarnos al anuncio del Evangelio con intensidad y esperanza renovadas.

En las visitas a las parroquias, a las comunidades religiosas, a las hermandades y cofradías, a los movimientos laicales y a las diferentes realidades eclesiales presentes en la Archidiócesis, he podido compartir alegrías y esperanzas, dificultades y sufrimientos, ilusiones y proyectos, frutos abundantes, en definitiva, la vida que palpita en una Archidiócesis que lleva muchos siglos en camino y permanece llena de vitalidad. En la homilía de mi inicio de ministerio hice una llamada para que sigamos caminando juntos en la vida y la misión de la Iglesia, en sinodalidad, poniendo en práctica la espiritualidad de la comunión. Quise asimismo poner particular énfasis en que, a pesar de las dificultades del momento presente y de nuestra pobreza y pequeñez, nos sostiene la gracia de Dios, la fuerza del Espíritu Santo, la presencia de Cristo resucitado y de María Santísima, y hallamos inspiración en la inmensa tarea evangelizadora de los santos obispos Leandro e Isidoro, en el testimonio martirial de las santas Justa y Rufina, y de la beata Victoria Díez, en la trascendencia histórica de la vida de san Fernando, en el amor a los pobres del beato Marcelo Spínola, la centralidad de la Eucaristía de san Manuel González y la entrega a los más necesitados de las santas Ángela de la Cruz y María de la Purísima.

Ellos nos inspiran con su ejemplo y nos sostienen con su intercesión. Con tan grandes ejemplos, con la gracia de Dios, con la fuerza del Espíritu Santo, seguiremos remando mar

adentro, continuaremos echando las redes, confiando siempre en el Señor, en María Santísima y en los hermanos con los que compartimos el camino. Al mismo tiempo, es imprescindible que respondamos con confianza y generosidad. Parroquias, comunidades religiosas, hermandades, realidades eclesiales y movimientos, todos estamos llamados a participar en la tarea evangelizadora de la Iglesia desde la vivencia de la comunión y la misión compartidas. Desde el ministerio episcopal que me ha sido encomendado, os exhorto a que viváis con intensidad vuestro carisma, vuestra vocación, y a que, profundamente unidos, colaboremos en la misión que el Señor nos encomienda como familia diocesana. Recordemos algunos hitos que nos ayudan a poner marco y sentido eclesial.

La permanente actualidad del Concilio Vaticano II

El Concilio Ecuménico Vaticano II fue sin duda un nuevo Pentecostés, el acontecimiento eclesial y religioso más importante del siglo XX. En palabras del papa Francisco, «los Padres reunidos en el Concilio habían percibido intensamente, como un verdadero soplo del Espíritu, la exigencia de hablar de Dios a los hombres de su tiempo en un modo más comprensible»"[1]. La Iglesia profundizó en la conciencia de su propia naturaleza y misión. Continúa su vigencia y actualidad, y el impulso que el Espíritu Santo dio a la renovación de la Iglesia. En un momento tan significativo como la clausura del Jubileo del Año 2000, afirmó san Juan Pablo II: «Después de concluir el Jubileo siento más que nunca el deber de indicar el Concilio como la gran gracia de la que la Iglesia se ha beneficiado en el siglo XX. Con el Concilio se nos ha ofrecido

1. FRANCISCO, Bula de convocación del Jubileo extraordinario de la Misericordia, *Misericordiae Vultus, 4.*

una brújula segura para orientarnos en el camino del siglo que comienza»[2].

El Concilio Vaticano II profundizó en el misterio de la propia Iglesia y de su misión en este mundo, y nos ha dejado aportaciones valiosísimas en aspectos tan fundamentales como la importancia de la Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia, la liturgia, la identidad de la Iglesia y sus relaciones con el mundo y especialmente con los medios de comunicación social, el diálogo interconfesional e interreligioso, las reflexiones sobre la identidad del ministerio pastoral de los obispos, la vida consagrada, la formación y vida de los sacerdotes y de los laicos, la actividad misionera de la comunidad creyente y la libertad religiosa. El papa Benedicto XVI, la víspera del inicio del Año de la Fe, y víspera de la celebración de los cincuenta años de la apertura del Vaticano II, señaló en la audiencia general: «El Concilio, por decirlo así, se nos presenta como un gran fresco, pintado en la gran multiplicidad y variedad de elementos, bajo la guía del Espíritu Santo. Y como ante un gran cuadro, de ese momento de gracia incluso hoy seguimos captando su extraordinaria riqueza, redescubriendo en él pasajes, fragmentos y teselas especiales»[3].

El pasado 11 de octubre se cumplieron 60 años de su inauguración en la basílica de San Pedro del Vaticano por san Juan XXIII. Su objetivo era el *aggiornamento*, la actualización de la Iglesia para acercarla al mundo actual. Es necesario seguir profundizando en el Concilio, continuar su aplicación, para que penetre con más más intensidad en la conciencia y en la vida de los fieles y de las comunidades. En sintonía con el Magisterio de la Iglesia y con la Tradición, debemos seguir profundizando

2. SAN JUAN PABLO II, Carta apostólica *Novo millennio ineunte*, 57.
3. BENEDICTO XVI, *Audiencia General*, 10 de octubre de 2012.

en los textos del Concilio e inspirándonos en ellos para la renovación continua de la Iglesia y para dar respuesta a los desafíos del momento presente.

A los 50 años del Sínodo hispalense

El año próximo se cumplirá el quincuagésimo aniversario del Sínodo de Sevilla de 1973, que tuvo como finalidad la recepción del Concilio Vaticano II en la Archidiócesis hispalense. Convocado por el Cardenal José María Bueno Monreal, fue un Sínodo pionero, el primero del postconcilio español, innovador y eminentemente pastoral. El 1 de enero de 1966, apenas trascurrido un mes desde la clausura del Concilio Vaticano II, el Cardenal Arzobispo de Sevilla manifestó a través de una exhortación pastoral su propósito de celebrar un Sínodo diocesano para implementar las enseñanzas conciliares y adaptar las estructuras eclesiales y la vida pastoral de la diócesis a los nuevos cauces marcados por el Concilio[4].

En la exhortación presentaba los siguientes objetivos: En primer lugar, el estudio y la difusión de la doctrina conciliar entre los sacerdotes y entre los seglares mediante cursos breves, retiros, estudios especiales y conferencias; en segundo lugar, la necesidad de una "honda renovación interior", basada en el retorno al Evangelio, lo cual implicaba la colaboración con los seglares y una fraternal apertura al mundo; por último, y sobre todo, la puesta en práctica del Concilio.

La fase preparatoria transcurrió entre el 1 de enero de 1966

4. Cf. LOURDES SIVIANES FERRERA DE CASTRO, *El Sínodo de Sevilla de 1973. Recuerdo y presencia, en Anuario de Historia de la Iglesia Andaluza. Volumen XI,* Sevilla 2018. Convocado mediante una Exhortación pastoral, que está recogida en el Boletín Oficial del Arzobispado de Sevilla 1808, enero de 1966, 23-28.

y el 12 de junio de 1970, y sirvió para poner en marcha el trabajo gestado durante la fase preparatoria. La segunda sesión se celebró los días 3 al 6 de noviembre de 1971, y supuso la reestructuración definitiva del Sínodo, su configuración temática y metodológica, y el descubrimiento de su propia identidad a través de los cuatro grandes temas objeto de análisis. La tercera y última sesión del Sínodo Hispalense tuvo lugar los días 27 de mayo, 3, 17 y 29 de junio de 1973.

Los frutos del Sínodo están reflejados en sus compromisos y conclusiones finales[5] . En primer lugar, su misma celebración fue una extraordinaria experiencia de Iglesia, en unos años de gran complejidad eclesial y social; fue una apuesta decidida por las orientaciones conciliares, con un diagnóstico realista y exigente a partir del estudio socio-religioso que sirvió de arranque, que declaró a la Archidiócesis en estado de misión. Otro fruto consistió en un nuevo impulso a la evangelización, a la catequesis, a la educación en la fe, a las nuevas estructuras pastorales. También propició una mayor integración entre religiosos, laicos y sacerdotes en la vida diocesana, un mutuo conocimiento y relación, una mayor colaboración y la puesta en marcha de actividades conjuntas.

El Sínodo fue, sin duda, fermento y esperanza de futuro. Planteó también la reforma del apostolado seglar organizado, con una mayor integración en la pastoral diocesana por parte de las asociaciones, movimientos, hermandades y cofradías, y también una mayor implicación en los ámbitos de la familia, el trabajo, la economía y la política. Se avanzó en la conciencia y necesidad de vivir la comunión eclesial y la corresponsabilidad, y de crear los consejos pastorales como instrumentos

5. Cf. JULIO JIMÉNEZ BLASCO, *El Cardenal José María Bueno Monreal. Un humanista integral,* Madrid-Sevilla 2016, 511-540.

necesarios para lograr dicho objetivo. Además, se plantearon reformas en el ámbito económico para que estuviese más al servicio de la evangelización, del culto y de los más pobres. En definitiva, el Sínodo de Sevilla de 1973 fue el eco de una inquietud y una vida compartidas que permitió aplicar las enseñanzas del Concilio Vaticano II y seguir avanzando en el camino pastoral.

La nueva evangelización desde *Novo millennio ineunte*

Al comenzar el nuevo milenio y concluirse el gran Jubileo, san Juan Pablo II nos obsequió con la carta apostólica *Novo millennio ineunte*, todo un programa para la acción evangelizadora de la Iglesia en el milenio que comenzaba. Se trata de una invitación a la confianza en Cristo y en el futuro de la Iglesia, a remar mar adentro (cf. Lc 5, 4), y a responder a los desafíos del nuevo milenio. Una nueva etapa se abría en el camino de la Iglesia, y el Papa nos invitaba a recordar con agradecimiento el pasado, a vivir con pasión el presente y a abrirnos con confianza hacia el futuro. La vivencia del Jubileo nos había ayudado a penetrar en el misterio de Cristo, a situarnos en el marco de la historia de la salvación.

Después del encuentro con Cristo y la contemplación de su rostro, seguimos caminando con la certeza de que Él está presente entre nosotros todos los días, hasta el fin del mundo (cf. Mt 28,20). De la certeza de su presencia brota un renovado impulso que nos ayuda a responder a los grandes desafíos de nuestro tiempo y a formular las orientaciones pastorales más adecuadas a cada comunidad a través de un programa que se centra en Cristo mismo. El Papa anima a los pastores de las Iglesias particulares a marcar las etapas

del camino futuro, en comunión y corresponsabilidad, con la participación de los diversos sectores del Pueblo de Dios, y ofrece algunas prioridades más generales y comunes: santidad, primacía de la gracia y generar vínculos de comunión en el seno de la Iglesia.

La santidad es el horizonte en el que debe situarse la vida pastoral, y conlleva una pedagogía que se distingue sobre todo por la oración personal y comunitaria; también la Eucaristía, fuente y cumbre de la vida eclesial, y la Liturgia de las Horas; asimismo, la lectura y escucha atenta de la Palabra de Dios personalmente y en grupo; además, el sacramento de la reconciliación. Del mismo modo, es necesario reavivar el compromiso apostólico de las comunidades y de los grupos cristianos, y, a la vez, trabajar para alcanzar la comunión plena y visible de todos los cristianos. Por último, es preciso poner en práctica la caridad cristiana, un amor activo y concreto contemplando a Cristo en el rostro de cada ser humano, especialmente en los más pobres y pequeños (cf. Mt 25, 35-36).

Un principio esencial de la vida cristiana y de la acción pastoral es la primacía de la gracia. La gracia de Dios es el auxilio del cielo para madurar en la vida de fe y llevar a cabo una acción apostólica eficaz. Tener conciencia clara de esta realidad nos ayuda a superar la tentación de pensar que los resultados dependen de nuestras capacidades. El icono de dicha eficacia sobrenatural lo encontramos en el episodio de la pesca milagrosa (cf. Lc 5,1-11; Jn 21,1-14), donde los apóstoles experimentan que es la palabra de Cristo la que propicia la ocasión y los medios para llevar a cabo el ministerio de la salvación. Fe, oración, diálogo personal con Dios para abrir el corazón a su presencia es lo que denominamos

con la Escritura: “remar mar adentro”, confiando en su palabra y en su amor.

Finalmente, el gran desafío en este milenio es construir la Iglesia como casa y escuela de la comunión. Para ello, hemos de promover una espiritualidad de comunión y proponerla como principio educativo. La vivencia de esta espiritualidad se realiza a través de una mirada a la Trinidad Santísima, fuente y origen, y a la Iglesia, familia de la que formamos parte, con la conciencia clara de que se trata de un don de Dios que hemos de pedir con humildad de corazón.

En el marco pastoral de la *Evangelii Gaudium*

El papa Francisco nos ofreció la exhortación apostólica *Evangelii gaudium* el 24 de noviembre del año 2013, al concluir el Año de la fe. En ella recoge las conclusiones del Sínodo de los Obispos sobre «*La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana*», y aporta sus propias reflexiones. En el documento formula el pensamiento y modo de ver de la Iglesia ante los desafíos del momento presente y la necesidad de una nueva etapa evangelizadora, que ha de estar impregnada de la alegría del Evangelio. Explica cómo se puede evangelizar hoy en día, especialmente en países secularizados y habla sobre la responsabilidad que tienen todos los cristianos de difundir el Evangelio.

La alegría del Evangelio brota del encuentro con Cristo. El Santo Padre convoca a los fieles cristianos a esta nueva etapa evangelizadora que se ha de caracterizar por esa alegría, e indica caminos para el peregrinar de la Iglesia en los próximos años. La perspectiva es nueva: la alegría por querer evangelizar. El Papa es muy consciente de la situación por la

que atraviesa el mundo actual y precisamente por eso llama a todos los cristianos a dar una respuesta convencida y convincente a la cruda realidad, pero con la alegría que brota del encuentro con Jesucristo, que nos espera siempre a todos, porque nadie está excluido de su amor salvador.

Es el documento programático de su pontificado. En el primer capítulo plantea la transformación misionera de la Iglesia: La evangelización es la respuesta al mandato misionero de Jesús, que nos envía por todo el mundo para predicar el Evangelio. Por eso la Iglesia vive siempre en salida, en camino, en conversión. Por eso convoca a la Iglesia a una transformación misionera que no se puede aplazar: «Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se conviertan en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación"[6].

En el segundo capítulo habla de la crisis del compromiso comunitario desarrollando con precisión el tema de la exclusión de los pobres en la sociedad y el drama del dinero visto como un fin más que como un medio. Denuncia abiertamente las perversiones del capitalismo y la pasividad de los cristianos ante las situaciones de sufrimiento de los vulnerables. Cita algunos desafíos del mundo actual y las tentaciones de los agentes pastorales.

En el capítulo tercero trata sobre el anuncio del Evangelio, la dimensión social de la evangelización, y los evangelizadores con espíritu. La evangelización es tarea de la Iglesia, y todo el Pueblo de Dios anuncia el Evangelio. Todos somos discípulos

6. FRANCISCO, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, 27.

misioneros, y en la misión tiene mucha fuerza evangelizadora la piedad popular. La evangelización tiene también una dimensión social que lleva a la inclusión social de los pobres, de todas las personas, y a trabajar por el bien común y la paz social. Por último, se necesitan evangelizadores que recen y trabajen, que se abran sin temor a la acción del Espíritu Santo para un renovado impulso misionero.

El papa Francisco nos ofrece con esta exhortación todo un programa de reforma de la Iglesia. Se puede sintetizar del modo siguiente: reforma para la misión. La llamada que los pontífices anteriores nos hacían con fuerza ahora adquiere un tenor de urgencia: la Iglesia tiene que salir de su zona de confort, tiene que asumir el reto de no ser autorreferencial, tiene que caminar hacia las periferias geográficas y existenciales, y hacer suyo el dolor del mundo, en especial el de los pobres y los excluidos. Desde el encuentro con Cristo, de la mano de María, Madre de la evangelización, con la alegría del Evangelio.

«Mira, hago nuevas todas las cosas»
(Ap 21, 5)

I UNA SOCIEDAD EN CAMBIO CONSTANTE

I. UNA SOCIEDAD EN CAMBIO CONSTANTE

Veamos, en primer lugar, la realidad que ha de ser evangelizada, la tierra en la que debemos seguir depositando la semilla de la Palabra. Constataremos los cambios profundos que se han ido produciendo en nuestro entorno a la luz del análisis que los pontífices han ofrecido en el último medio siglo. A continuación, propondremos una serie de desafíos que la sociedad desvinculada y líquida presenta a la labor pastoral de la Iglesia, principalmente en los ámbitos de la economía, la cultura, la antropología, la gestión del ecosistema y las nuevas tecnologías. Finalmente, haremos referencia a la situación familiar, social y eclesial, con los retos que presenta para la transmisión de la fe.

1. Cambios profundos y dinamismo creador

El Concilio Vaticano II, a mitad de los años 60 del pasado siglo, advirtió sobre el fenómeno de la gran transformación cultural, indicando que el género humano se hallaba en un periodo nuevo de su historia que se caracterizaba por cambios profundos y acelerados provocados por la actividad humana. Un breve repaso a los acontecimientos de los últimos sesenta años nos hace constatar el valor profético de aquella enseñanza: una metamorfosis social y cultural que ha tenido una repercusión importante en la vida religiosa de las personas y de los pueblos[7].

Lo cierto es que el ser humano, con su inteligencia y dinamismo creador, había realizado enormes progresos en la

7. Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución pastoral *Gaudium et spes*, 4.

ciencia y en la técnica que debían ser integrados en el marco del sentido de su existencia y su misión en el universo; pero el primero en sufrir las consecuencias y las contradicciones de esos cambios acelerados era el propio género humano: crecimiento prodigioso de la riqueza y la economía, pero hambre y miseria de gran parte de la humanidad; sentimiento pujante de libertad junto a la presencia multiforme de la esclavitud social y psicológica; conciencia de la interdependencia y de solidaridad universal y a la vez rupturas políticas, sociales, económicas, raciales; difusión universal de las ideas a través de los medios de comunicación, pero los mismos vocablos empleados tienen sentidos muy distintos según las ideologías que los utilizan; organización más perfecta del orden temporal, pero sin que tenga lugar un correspondiente avance en lo espiritual[8] .

Eran cambios rápidos y profundos, que afectan al ser humano, dividido entre la esperanza y el vértigo ante tantas novedades. No se contaba con las herramientas suficientes y adecuadas para poder entender y asimilar tal cantidad de novedades o de procesar tal caudal de datos e informaciones; tampoco se disponía de la formación suficiente para discernir y elegir en cada caso entre lo antiguo y lo nuevo, entre los valores permanentes y los que podían ser sustituidos, entre tantas revoluciones como se produjeron en aquella década. En cualquier caso, la Iglesia debía tomar y tomó conciencia de las dimensiones de la transformación y de su impacto en el pueblo fiel y en la sociedad, y percibió con lucidez «un nuevo conjunto de problemas que exige nuevos análisis y nuevas síntesis"[9].

8. *Ibidem.*
9. CONCILIO VATICANO II, Constitución pastoral *Gaudium et spes*, 5.

San Juan XXIII había convocado el Concilio respondiendo a los desafíos de aquel momento para afirmar la continuidad del Magisterio Eclesiástico y presentarlo a sus contemporáneos teniendo en cuenta las exigencias y las circunstancias del momento, con la finalidad de que las personas, las familias y los pueblos volvieran su mirada a Dios. En su discurso inaugural afirmó que «ante todo es necesario que la Iglesia no se aparte del sacro patrimonio de la verdad, recibido de los padres; pero, al mismo tiempo, debe mirar a lo presente, a las nuevas condiciones y formas de vida introducidas en el mundo actual, que han abierto nuevos caminos para el apostolado católico"[10]. Así se inició y se vivió el Concilio, con la conciencia de que se trataba de un nuevo Pentecostés, con la esperanza de que tendría lugar una renovación adecuada en los diferentes ámbitos y niveles de la Iglesia, con el deseo de dar respuesta a los desafíos del momento.

Diez años después de la clausura del Concilio, san Pablo VI nos obsequió con la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, en la que remarca que el objetivo del Concilio consiste en «hacer a la Iglesia del siglo XX cada vez más apta para anunciar el Evangelio a la humanidad del siglo XX"[11]. Ya en su discurso al Sacro Colegio Cardenalicio del 22 de junio de 1973 había indicado que «las condiciones de la sociedad nos obligan, por tanto, a revisar métodos, a buscar por todos los medios el modo de llevar al hombre moderno el mensaje cristiano, en el cual únicamente podrá hallar la respuesta a sus interrogantes y la fuerza para su empeño de solidaridad humana"[12]. » . La inquietud del papa Montini era cumplir los objetivos del Concilio preservando el patrimonio de fe de la

10. SAN JUAN XXIII, *Discurso de Su Santidad Juan XXIII en la solemne Apertura del Concilio Vaticano II*, 11 de octubre de 1962.
11. SAN PABLO VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, 2.
12. SAN PABLO VI, *Discurso al Sacro Colegio Cardenalicio del 22 de junio de 1973*, AAS 65 (1973), p. 383.

Iglesia, y presentándolo a los hombres de nuestro tiempo, de una manera persuasiva y comprensible, utilizando todos los medios a nuestro alcance[13].

La renovación de medios y métodos se fue intensificando en el pontificado de san Juan Pablo II, que habló «de una evangelización nueva. Nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión"[14]. Tras conmemorar los 20 años del Concilio, subrayó que estamos al comienzo de una formidable tarea de evangelización del mundo moderno, que se presenta en términos nuevos:

> «La aparición de nuevas culturas constituye con toda evidencia una llamada a la valentía y a la inteligencia de todos los creyentes y de los hombres de buena voluntad. Transformaciones sociales y culturales, cambios políticos, fermentaciones ideológicas, inquietudes religiosas, investigaciones éticas: es todo un mundo en gestación que aspira a encontrar forma y orientación, síntesis orgánica y renovación profética. Sepamos sacar respuestas nuevas del tesoro de nuestra esperanza»[15].

Benedicto XVI, en el camino de búsqueda de los medios más adecuados para volver a proponer la verdad perenne del Evangelio de Cristo, creó el Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización. Nos recuerda la importancia de permanecer fieles a la verdad del Evangelio como nuestro mejor servicio al mundo contemporáneo:

> «El hombre no es capaz de gobernar por sí mismo su propio progreso, porque él solo no puede fundar un verdadero humanismo. Sólo si pensamos que se nos ha llamado individualmen-

13. Cf. SAN PABLO VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi,* 3.
14. SAN JUAN PABLO II, *Discurso a la Asamblea del CELAM*, Port-au-Prince (Haití), 9 de marzo de 1983.
15. SAN JUAN PABLO II, *Discurso a la Plenaria del Consejo Pontificio para la Cultura,* 3 de enero de 1986, 1.

te y como comunidad a formar parte de la familia de Dios como hijos suyos, seremos capaces de forjar un pensamiento nuevo y sacar nuevas energías al servicio de un humanismo íntegro y verdadero. Por tanto, la fuerza más poderosa al servicio del desarrollo es un humanismo cristiano, que vivifique la caridad y que se deje guiar por la verdad, acogiendo una y otra como un don permanente de Dios»[16].

El pontificado del papa Francisco se caracteriza por el impulso a la evangelización. Su documento programático, *Evangelii gaudium*, llega después del Sínodo sobre la Nueva Evangelización y la transmisión de la fe. Quiere una Iglesia en salida, que viva para evangelizar, que anuncie la eterna novedad de Dios en Cristo:

«Un anuncio renovado ofrece a los creyentes, también a los tibios o no practicantes, una nueva alegría en la fe y una fecundidad evangelizadora. En realidad, su centro y esencia es siempre el mismo: el Dios que manifestó su amor inmenso en Cristo muerto y resucitado. Él hace a sus fieles siempre nuevos; aunque sean ancianos, «les renovará el vigor, subirán con alas como de águila, correrán sin fatigarse y andarán sin cansarse» (Is 40,31). Cristo es el «Evangelio eterno» (Ap 14,6), y es «el mismo ayer y hoy y para siempre» (Hb 13,8), pero su riqueza y su hermosura son inagotables. Él es siempre joven y fuente constante de novedad»[17].

16. BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Caritas in veritate,* 78.
17. FRANCISCO, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium,* 11

2. Desafíos de una sociedad desvinculada y líquida

Recordemos ahora algunas características del contexto en el que nos toca vivir y actuar, para responder eficazmente como apóstoles a la urgencia de la evangelización. Decíamos que estamos en un momento histórico de profundas transformaciones, que se perciben sustancialmente en los siguientes ámbitos: el antropológico, con su falta de sentido, con su liquidez y desvinculación; el cultural, con la urgencia de generar una visión integral e integradora; la economía y sus expresiones: ecológica y tecnológica[18] . De este contexto surgen algunos desafíos.

El desafío antropológico: falta de sentido, liquidez y desvinculación

Como cristianos, partimos de un fundamento claro: la vida humana se enriquece con el conocimiento y la aceptación de Dios, que nos ama y nos mueve a amar. La experiencia de ser amados por Él nos conduce a la caridad fraterna y, a la vez, el amor fraterno nos acerca a Dios: «En esto hemos conocido el amor: en que Él dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar nuestra vida por los hermanos» (1Jn 3, 16). De ahí que la vivencia religiosa, la fe en Dios, aporta claridad y firmeza a nuestras valoraciones éticas.

Ahora bien, en la actualidad podemos percibir cómo el olvido de Dios, la indiferencia religiosa, la despreocupación por las cuestiones fundamentales sobre el origen y destino

18. Tiempos de gran desarrollo científico y tecnológico, con aplicaciones diversas en los distintos campos de la naturaleza y de la vida; de globalización, de una evolución cultural continua; de nuevas tecnologías; de unos flujos migratorios sin precedentes; tiempos, por último, de secularización. Cf. FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, nn. 52-75.

trascendente del ser humano, influyen en el comportamiento moral y social de los individuos. Con el empobrecimiento espiritual va aparejada la pérdida de sentido, que desemboca en el vacío existencial y en el aburrimiento, en no ser capaces de saciar la sed de felicidad a pesar de disponer de más medios y posibilidades que nunca. Ni la acumulación de riquezas ni el consumismo vertiginoso llenan este vacío profundo.

Nos encontramos, también, ante el reto de un mundo líquido. El sociólogo Zygmunt Bauman acuñó la metáfora de la *liquidez* para describir los tiempos actuales[19]. Hemos pasado de una sociedad moderna que buscaba la solidez en los grandes principios y en las grandes causas, a una sociedad posmoderna que es líquida y voluble. El hombre líquido quiere ser simplemente un ciudadano del mundo sin ataduras. La realidad líquida es continuo movimiento y búsqueda de nuevas experiencias, pero sin echar raíces, sin compromiso en el amor ni en el trabajo. Ciudadanos del mundo, pero de ningún lugar concreto. [20] Es la era del consumismo, en la que no hace falta conservar los objetos, aunque todavía sean útiles, sino renovarlos constantemente. A la vez, esta vida líquida angustia a las personas porque no tienen nada fijo y duradero. Como consecuencia, la fragmentación de las vidas, la precariedad de los vínculos humanos en una sociedad individualista, de relaciones efímeras en las que no se mantienen ni la lealtad ni el compromiso adquirido[21].

Ahora bien, el hombre es un ser que, pese a la mezcolanza y fragmentación posmoderna tanto de identidad como de cultura, está llamado a elegir, que manifiesta la capacidad de

19. ZYGMUNT BAUMAN, *Globalization. The Human Consequences,* Cambridge 1998; *In Search of Politics,* Cambridge 1999.
20. Cf. ZYGMUNT BAUMAN, *Postmodern Ethics*, Reino Unido – EE.UU., 1993.
21. Cf. ZYGMUNT BAUMAN, *Consuming Life*, Cambridge 2007.

trascender el relativismo como acto de libertad en relación a Alguien . Por eso es tan importante descubrir el sentido auténtico de la vida y de cada actividad, de cada elemento que compone nuestra existencia. Toda persona humana es impulsada por su propia naturaleza a buscar la verdad, el sentido de las cosas y sobre todo de su propia existencia.

Desde el mundo de la cultura

El mundo de la cultura, a modo de nuevo areópago, requiere de evangelizadores firmes en la búsqueda de la Verdad y la Vida, que es Nuestro Señor Jesucristo. Así lo afirmaba Benedicto XVI: «La Iglesia quiere dialogar con todos, en la búsqueda de la verdad; pero para que el diálogo y la comunicación sean eficaces y fecundos es necesario sintonizarse en una misma frecuencia, en ámbitos de encuentro amistoso y sincero, en ese 'patio de los gentiles' ideal»[23].

Ahora bien, hemos de ser conscientes de las dificultades que será preciso afrontar, de las que resaltaría dos, subjetivismo y relativismo, que provocan una auténtica emergencia educativa. El instrumento idóneo para poder reenfocar nuestro contexto social, sobre todo de cara a nuestros jóvenes, y poder responder al desafío de estas dificultades, consiste en buscar nuevas respuestas con inteligencia creativa, y generar una comunicación que humanice, que desarrolle el sentido crítico y la capacidad de análisis y discernimiento.[24]

En los últimos años, la «cultura del descarte» es otra categoría que nos ayuda a constatar las consecuencias de la falta

22. Cf. ZYGMUNT BAUMAN, *Liquid Times. Living in an Age of Uncertainty,* Cambridge 2007.
23. BENEDICTO XVI, *Discurso a los participantes en la Asamblea Plenaria del Consejo Pontificio para la Cultura,* 13 de noviembre de 2010.
24. Cf. *Ibidem.*

de referencia a Dios. Cuando la vida humana queda desarraigada, sin ningún anclaje divino ni absoluto, la norma suprema del comportamiento llega a través del consenso social y todo queda a merced de los intereses de quienes pueden imponer su voluntad. Los más débiles y pobres quedan excluidos y no son tenidos en cuenta. Entonces, la sociedad deviene cada vez más egoísta y llena de desigualdades y se llega a «cultura del descarte» que denuncia el papa Francisco, en la cual se imponen los intereses de los más fuertes.[25]

Desde el ámbito de la economía

Es urgente el establecimiento de una economía basada en la ética y en el bien común por encima de los intereses individuales y egoístas. El papa Francisco ilumina el contenido de esta primacía:

> «Afirmar la dignidad de la persona significa reconocer el valor de la vida humana, que se nos da gratuitamente y, por eso, no puede ser objeto de intercambio o de comercio [...] preocuparse de la fragilidad, de la fragilidad de los pueblos y de las personas. Cuidar la fragilidad quiere decir fuerza y ternura, lucha y fecundidad, en medio de un modelo funcionalista y privatista que conduce inexorablemente a la «cultura del descarte». Cuidar de la fragilidad, de las personas y de los pueblos significa proteger la memoria y la esperanza; significa hacerse cargo del presente en su situación más marginal y angustiante y ser capaz de dotarlo de dignidad»"[26] .

En efecto, asistimos a unos flujos migratorios de natu-

25. Parece que la primera vez que empleó la expresión fue en: FRANCISCO, *discurso a los nuevos embajadores de Kyrgyzstan, Antigua y Barbuda, Ussemburgo, Botswana acreditados ante la Santa Sede*, 16 de mayo de 2013. A partir de aquí la ha ido consolidando y enriqueciendo. La expresión más reciente ha sido: *Christus vivit*, 78, en 2019.
26. FRANCISCO, *Discurso al Parlamento Europeo*. n. 8 (2014).

raleza económica y a unos desplazamientos a causa de los conflictos bélicos sin precedentes, debido a intereses expansionistas de determinadas naciones y grupos terroristas, y también al liberalismo incontrolado que provoca cada vez más diferencias entre personas ricas y pobres y entre países ricos y pobres. Los primeros disponen de los medios económicos y la tecnología para controlar y desarrollar los recursos del planeta, mientras que los segundos no tienen posibilidades de acceso a los recursos necesarios para un desarrollo humano adecuado y ven que sus recursos naturales son explotados por los poderosos.

Recordamos las situaciones de pobreza que se dan en el Tercer Mundo y en Occidente, en lo que llamamos Cuarto Mundo. La edición 2021 de los Indicadores Urbanos del Instituto Nacional de Estadística (INE), en el marco del proyecto europeo Urban Audit sobre las condiciones de vida en las ciudades de la Unión Europea, incluye de nuevo al Polígono Sur de Sevilla como el barrio de menor renta neta media anual por habitante de toda España, seguido otra vez de Los Pajaritos y Amate, y con un total de seis barrios de nuestra ciudad entre los 15 con menor renta neta media anual. Por otra parte, en nuestro Occidente rico, además de la pobreza material, cada vez hay más situaciones de nuevas pobrezas a causa de la soledad, la falta de afecto, de energías físicas, de futuro, de sentido, de fe, que es la pobreza más importante, según el papa Francisco.

Las situaciones de pobreza son consecuencia de una economía excluyente, de un dinero que gobierna en lugar de servir y de la inequidad que genera violencia. Un orden económico establecido sobre el afán de lucro y las ansias desmedidas de riqueza, sin consideración a las verdaderas necesi-

dades del ser humano, está abocado al fracaso. El mundo de la economía no puede estar monopolizado por los objetivos del beneficio y la competitividad, porque tiene como resultado una multitud de personas que se ven excluidas y marginadas: sin trabajo, sin horizontes, sin futuro[27].

Desde el ámbito de la gestión de las nuevas tecnologías

En los inicios de tercer milenio nos hallamos con un nuevo desafío que nos llega desde lo que se ha dado en llamar el "enjambre digital". Un enjambre es la construcción que hacen las abejas, donde depositan las larvas y producen miel. Está formado por pequeñas celdas individuales que están juntas. Según Byung-Chul Han[28], la comunidad digital es como un enjambre lleno de celdas aisladas. Cada uno se baja sus aplicaciones, genera sus grupos de *WhatsApp*, sigue a sus youtubers favoritos y se construye su propio universo. Cada uno configura su mundo propio donde busca, sigue, etiqueta *"me gusta"*, baja contenidos, etc. La imagen del metro lleno de personas, todas mirando su Smartphone, es la imagen del enjambre digital: una suma de individualidades aisladas, que se pueden comunicar en la red, pero que nunca llegan a constituir un "nosotros".

Según este autor, se ha formado una nueva masa, el "enjambre digital", donde individuos aislados se encuentran casualmente en las redes. Las "masas", en el sentido de "clases revolucionarias", podía llegar a organizarse para una causa común, y llegar a tener una voz común; en cambio, el enjambre sólo genera ruido. El individuo se funde en la masa, en cambio en el enjambre el individuo funciona de forma indivi-

27. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Iglesia servidora de los pobres,* nn. 15-16.
28. BYUNG-CHUL HAN, *En el enjambre*, Barcelona 2016

dual. En la red soy alguien, pero alguien anónimo. La suma de individuos no hace comunidad. La hipercomunicación digital puede destruir el silencio que se necesita para reflexionar. Se acaba percibiendo solo ruido, sin sentido ni coherencia.

En este sentido, otro pensador oriental, de origen chino, Yuk Hui, nos recuerda la importancia de tomar conciencia de que la vida física, individual y social, ahora pasa también por las plataformas tecnológicas y digitales. Su reflexión se concentra en generar una filosofía sobre el diálogo entre sociología y tecnología. Nos provee de una serie de ensayos en torno al modo como hemos gestionado la pandemia y la importancia que la tecnología ha tenido en ella; nos ilustra sobre el impacto social de Internet y el continente digital en nuestra vida cotidiana. Es algo a tener en cuenta en el marco de la misión evangelizadora.

Sobre la importancia de la tecnología en nuestras vidas, es interesante el hecho de que la tecnología y la política de la tecnología son clave para resolver el momento histórico que nos toca vivir[29]. Como creyentes con espíritu evangelizador, hemos de responder al reto que nos lanza Yuk Hui: la presencia en la gestión pública y la presencia en las redes son esenciales para anunciar el Evangelio a nuestros coetáneos en pleno tercer milenio. Hemos de ofrecer sentido sobrenatural y cristiano a las conciencias de nuestros contemporáneos, que están presentes e interactúan en estos foros. *Twitter, Facebook, Instagram, TikTok, Twitch* y demás plataformas, no nos deben ser ajenas: hemos de ser misioneros digitales, apóstoles desde los *bits*.

A la luz de esta panorámica, la situación actual reclama de

29. Cf. YUK HUI, *Fragmentar el futuro. Ensayos sobre tecnodiversidad,* 51-56.

los creyentes que seamos agentes conscientes de que política, tecnología y comunicaciones no son realidades independientes o ajenas a nuestra conciencia personal y a nuestras relaciones interpersonales. Es más, estamos llamados a adoptar de nuevo la actitud espiritual que Cristo transmitió a sus primeros discípulos: «Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres» (Mc 1,17) esto es, misioneros del amor de Dios que transforma el interior de las personas y transforma el mundo desde dentro con la fuerza invisible de su gracia.

La sostenibilidad y el cuidado de la casa común

En las últimas décadas, el Magisterio eclesiástico, tanto católico como el de las Iglesias ortodoxas, ha desarrollado una mayor conciencia respecto al cuidado de la "casa común". Ya en la década de los años 80 del siglo pasado, el patriarca Bartolomé I de Constantinopla, expresó que no es ajeno al sentir cristiano el cuidado por la preservación del planeta, para dejar un mundo mejor a las futuras generaciones.[30] De hecho, ahí se inspira la institución del día 1 de septiembre como Jornada Mundial de Oración por el Cuidado de la Creación, que recientemente el papa Francisco ha extendido a toda la Iglesiauniversal.[31]

Con las palabras «*Laudato si', mi' Signore*» – «Alabado seas, mi Señor», que cantaba san Francisco de Asís, , comienza el papa Francisco su encíclica sobre el cuidado de la casa común. En ella denuncia tanto las actividades que pueden acabar destruyendo la naturaleza como la carencia de volun-

30. BARTOLOMÉ I, *Tercera Conferencia panortodoxa presinodal* (Chambesy, Ginebra – Suiza, 1986).
31. FRANCISCO, Carta encíclica *Laudato Si,* 7-9; id., Carta apostólica *Condividendo con l'amato fratello* sobre la institución de la Jornada mundial de la oración por el cuidado de la Creación (AAS 107 [2015] 972-973); Id., Mensaje en la Jornada mundial de la oración por el cuidado de la Creación (AAS 107 [2016] 989).

tad política y social para evitar dicha destrucción. Se trata de un mensaje dirigido a los miembros de la Iglesia y también a todos los hombres y mujeres de buena voluntad para que sean cada vez más conscientes de la necesidad de proteger el planeta tierra.

El Papa señala que la Tierra «clama por el mal que le provocamos, debido al uso irresponsable y al abuso de los bienes que Dios ha puesto en ella», y que su grito, junto con el de los pobres, interpela a nuestra conciencia «a reconocer los pecados contra la creación». La respuesta adecuada a esta toma de conciencia es aquella que san Juan Pablo II llamaba «una conversión ecológica global». Debemos ser conscientes de que son inseparables la preocupación por la naturaleza, la justicia hacia los pobres, el compromiso con la sociedad y la paz interior[32].

A lo largo de la Carta Encíclica encontramos algunos ejes transversales. Entre ellos cabe destacar: la relación íntima entre los pobres y la fragilidad del planeta; la convicción de que todo en el mundo está estrechamente relacionado; la crítica del nuevo paradigma y las formas de poder que derivan de la tecnología; la invitación a buscar otras formas de entender la economía y el progreso; el valor intrínseco de toda criatura; el sentido humano de la ecología; la necesidad de debates sinceros y honestos; la grave responsabilidad de la política local e internacional; la cultura del "descarte" y la propuesta de un nuevo estilo de vida[33] .

32. Cf. FRANCISCO, Carta encíclica *Laudato Si*, 10.
33. *Ibidem*, 16.

3. La situación familiar, eclesial y social

Situación de la familia

La familia, y sobre todo la familia cristiana, consciente de que su origen está en el matrimonio, de que es imagen y participación de la alianza de amor entre Cristo y la Iglesia, se encuentra en una tesitura especialmente importante en la coyuntura actual. Por un lado, está la misión de manifestar la presencia viva del Salvador en el mundo y la auténtica naturaleza de la Iglesia, con su amor, su generosa fecundidad, con la vivencia cotidiana de unidad y fidelidad de esposos, y con la cooperación de todos sus miembros en el ritmo de la sociedad; por otro, tiene el reto de asumir el contexto actual de cambio continuo que la sociedad experimenta.

En efecto, el modelo socioeconómico actual, marcado por el capitalismo industrial y posindustrial, así como la creciente secularización del tejido social, hace que la familia experimente una sacudida que afecta a su presencia y su misión en el conjunto de la familia humana. A ello cabe añadir las manifestaciones de desinstitucionalización del matrimonio, como son el divorcio, la homologación de las uniones libres y las uniones entre personas del mismo sexo. Con todo, conviene ir más allá, acudir a la raíz de fondo que provoca este viraje que acaba afectándolo todo, y que parte de las nuevas comprensiones de la persona, la familia y la sociedad, que ponen el acento en un planteamiento individualista y en un progresismo cultural donde el empoderamiento de unos individuos frente a otros se concibe siempre como una forma de revancha y oposición incompatibles con la visión evangélica de la convivencia conyugal, la vida de familia y la

generosidad para con todos[34].

En este sentido nos alienta el magisterio reciente de la Iglesia. Pienso en el papa Francisco, cuando recordaba ya en 2013 a su predecesor san Juan Pablo II y Familiaris Consortio, sobre la verdadera naturaleza de la familia: no es solamente la suma de individuos, sino que forman una "comunidad de personas". El reto actual de la vida familiar precisamente consiste en aprender a amar, que es el corazón de toda vida humana, en el orden de la vida presente y en el orden de la gracia de Dios. Y ese amor se aprende y se traduce recíprocamente en la capacidad de dialogar, sacrificarse unos por otros, de defender la vida en todos los momentos de su existencia terrena, desde la concepción hasta el último hálito vital, sobre todo la de los más frágiles y vulnerables. Como recuerda el mismo Pontífice: «La familia es el motor del mundo y de la historia»[35] .

El valor sagrado de la familia nace de la voluntad creadora de Dios, que, además se reafirma con el nacimiento de nuestro Salvador en el seno de una familia humana.[36] De ese amor eterno y estable de Dios están llamadas las familias a vivir y fundamentarse, con la participación asidua en la vida de la Iglesia: en la catequesis continuada de formación y espiritualidad, así como la vida de sacramentos y liturgia. Es entonces cuando nacerán familias verdaderamente constituidas como «agentes de evangelización», como nos dijo el mismo Papa en la *Visita ad Limin*a que mantuvimos el año 2014:

«Despertar y avivar una fe sincera, favorece la preparación al

34. Cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Fieles al envío misionero. Orientaciones pastorales de la CEE* (2021-2025), 21-23
35. Cf. FRANCISCO, *A los participantes de la Plenaria del Pontificio Consejo para la Familia,* 25 de octubre de 2013.
36. FRANCISCO, Audiencia general, 17 de diciembre de 2014.

matrimonio y el acompañamiento de las familias, cuya vocación es ser lugar nativo de convivencia en el amor, célula originaria de la sociedad, transmisora de la fe e iglesia doméstica donde se fragua y se vive la fe. Una familia evangelizada es un valioso agente de evangelización, especialmente irradiando las maravillas que Dios ha obrado en ella. Además, al ser por su propia naturaleza ámbito de generosidad, promoverá el nacimiento de vocaciones al seguimiento del Señor en el sacerdocio o la vida consagrada»[37].

El Papa nos recuerda, en definitiva, que la familia cristiana tiene como retos: ser un lugar donde se aprende a no caer en la tentación de la «cultura del descarte»[38] y el espacio de amor donde las personas nos volvemos agentes capaces de mejorar el mundo[39].

Situación de la sociedad

Según el Informe FOESSA de 2022[40], la pandemia de COVID-19 ha tenido costes muy importantes en vidas humanas, y también dio lugar a un shock sin precedentes en la sociedad y la economía. El mantenimiento únicamente de las actividades productivas esenciales supuso un completo parón en el resto de las actividades económicas, con un hundimiento de la producción, que solo encuentra paralelismo con la situación de la economía en la Gran Depresión de hace un siglo. La caída de la actividad económica y las restricciones a la movilidad dieron lugar a un proceso de destrucción de empleo de intensidad desconocida.

37. FRANCISCO, *Visita ad Limina Apostolorum de los Obispos de la Conferencia Episcopal Española*, 3 de marzo de 2014.
38. FRANCISCO, *Mensaje al I Congreso Latinoamericano para la pastoral familiar*, 6 de agosto de 2014.
39. FRANCISCO, Audiencia general, 17 de diciembre de 2014.
40. Cf. Informe FOESSA 2022, *Evolución de la cohesión social y consecuencias de la covid-19 en España*, Madrid 2022.

Los riesgos sociales derivados de una crisis económica de estas dimensiones son varios. En primer lugar, el frenazo radical en el crecimiento económico que tuvo lugar cuando la sociedad española apenas se había recuperado del impacto social de una crisis tan severa y prolongada como la que se inició en 2008. Un segundo riesgo es que una parte importante de las nuevas situaciones de pobreza y exclusión se conviertan en estructurales, a pesar de que el deterioro de la economía pueda ser transitorio. Especialmente sensible es la situación de los jóvenes que han iniciado sus carreras laborales a caballo de las dos crisis, y cuyas posibilidades se han visto mermadas por esa sucesión de restricciones económicas.

La crisis de la COVID-19 ha dejado una profunda huella social que acentúa aún más la situación provocada por la Gran Recesión que tuvo lugar entre los años 2008-2013, y que no fue plenamente resuelta en el siguiente periodo de recuperación. Se concreta en un aumento de las desigualdades sociales y de la exclusión, que amenaza con profundizar y cronificar la fractura social con los sectores más vulnerables. Esta nueva crisis ha incrementado la inestabilidad laboral, la inseguridad de amplios sectores de la población ocupada, y la brecha digital. La respuesta de las políticas públicas frente a esta situación ha sido muy superior a la de la crisis anterior, aunque no siempre ha podido seguir el ritmo que las necesidades sociales requerían. Ante esa insuficiencia, los mecanismos de protección, como las redes familiares y de solidaridad colectiva, desarrollaron un papel clave para amortiguar algunas de las situaciones de pobreza y exclusión.

Situación de la Iglesia

La Iglesia experimenta las grandes transformaciones que tienen lugar actualmente en la sociedad[41]. La Conferencia Episcopal Española ofrece cada año en la *Memoria de Actividades* el conjunto de una vida eclesial extraordinaria, con innumerables actividades, y personas que participan. A destacar la multitud de colaboradores en la vida parroquial, diocesana y en diferentes ámbitos de la vida de la Iglesia. Son muy numerosos los catequistas, miembros de equipos de liturgia y de Cáritas y los miles de familias que colaboran en las diversas actividades eclesiales. A la vez, se constata un descenso en el número de personas que participan en la vida sacramental, agravado a consecuencia de la pandemia. Por otra parte, el descenso en el número de presbíteros y miembros de la vida consagrada también es evidente. Todo ello tiene lugar en el contexto de un dramático descenso en la natalidad.

La misión evangelizadora de la Iglesia en España se encuentra con dos tipos de dificultades: unas que llegan del exterior, de la cultura ambiental; otras que provienen de dentro, de la secularización interna, de la falta de comunión o de audacia misionera.

Las primeras tienen que ver con nuestra cultura ambiental, que ya no está inspirada en la fe cristiana. Para muchos de nuestros contemporáneos las verdades cristianas son incomprensibles y las normas morales que brotan del Evangelio resultan inaceptables. Esta dificultad la podemos encontrar en nuestras propias familias, en los colegios y centros de for-

41. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Fieles al envío misionero. Orientaciones pastorales de la CEE* (2021-2025), págs. 26-32.

mación católicos, y hasta en las parroquias, porque muchas personas que se acercan a estos ámbitos no son capaces de entender las verdades que intentamos transmitir, ni son capaces de aceptar la propuesta moral.

Las dificultades internas afectan a la identidad misma de la vida eclesial. En primer lugar, la mundanidad, que pone más la confianza en los medios humanos que en la gracia de Dios, y reduce el mensaje a una propuesta moral; en segundo lugar, la falta de comunión en la manera de vivir la unidad de la fe de la Iglesia en su catolicidad; por último, la debilidad del testimonio misionero en la plaza pública, en los ambientes e instituciones de los que los católicos formamos parte. Esto manifiesta una preocupante esquizofrenia entre la vida cristiana cultivada en casa o en el interior del templo y el testimonio valiente de pertenencia y amor a la Iglesia que es preciso ofrecer en todo tiempo y lugar.

Resultan iluminadoras las palabras del Papa en el discurso a la Curia el 21 de diciembre de 2019: «No estamos ya en un régimen de cristianismo porque la fe —especialmente en Europa, pero incluso en gran parte de Occidente— ya no constituye un supuesto obvio de la vida en común; de hecho, frecuentemente es incluso negada, burlada, marginada, ridiculizada»[42].

Ante las dificultades y desafíos que debe afrontar la Iglesia en el momento presente para llevar a cabo su misión evangelizadora han aparecido en su interior dos respuestas, que son minoritarias, pero significativas: Una es la de aquellos que en nombre de la radical novedad que significa el cambio de época en que nos encontramos, reclaman una adaptación de

42. FRANCISCO, *Discurso a la Curia romana,* 21 de diciembre de 2019.

la Iglesia que sea aceptada por la sociedad actual a través de nuevas propuestas antropológicas, morales y sacramentales; la otra, en cambio, en nombre de una fidelidad absoluta a los fundamentos de la fe, ponen en cuestión y son contrarios a todo discernimiento y reforma que ayude a evangelizar al hombre de hoy, consideran al Concilio Vaticano II como la causa de los actuales males eclesiales, y llegan incluso a cuestionar el magisterio del papa Francisco. En ambos casos, una serie de ideologías teológicas, pastorales y también políticas prevalecen sobre la genuina fidelidad al mandato del Señor en la novedad del tiempo.

Gracias a Dios, crece incesantemente el número de laicos que participan activamente en la misión de la Iglesia, que asumen funciones y responsabilidades en las parroquias, en las escuelas católicas, en las universidades de la Iglesia, y como profesionales en muchos ámbitos de la vida social. Su testimonio convencido y convincente es un motivo de esperanza. Es fundamental para la Iglesia y para el progreso de la sociedad el desarrollo de su compromiso ciudadano, profesional y político, en todos los ambientes, en todos los lugares, a todos los niveles, porque es importante la aportación de todos y cada uno. El camino de preparación del Congreso de Laicos y su realización han sido un *Kairós* que impulsa al Pueblo de Dios en salida. La participación muy alta de laicos, junto con pastores y consagrados, ha puesto de manifiesto un deseo de comunión y de búsqueda compartida de caminos de evangelización. Así lo vivimos en nuestra comunidad diocesana, y así lo estamos viviendo en la preparación de la XVI Asamblea General de los Obispos con el tema: «*Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión*», convocada por el papa Francisco.

«Mira, hago nuevas todas las cosas»
(Ap 21, 5)

II «ID AL MUNDO ENTERO Y PROCLAMAD EL EVANGELIO A TODA LA CREACIÓN»

II. "ID AL MUNDO ENTERO Y PROCLAMAD EL EVANGELIO A TODA LA CREACIÓN" (MC 16, 15)

La misión de la Iglesia es anunciar la Palabra de Dios al mundo. La Iglesia ha sido enviada a anunciar el Evangelio a los que todavía no conocen a Jesucristo, y también a aquellos que han sido bautizados, pero necesitan una nueva evangelización. Jesucristo es la Palabra definitiva y eficaz que ha salido del Padre, que nos ha comunicado la vida divina, que hace nuevas todas las cosas (cf. Ap 21,5). Su Palabra no sólo nos concierne como destinatarios de la revelación, sino también como sus anunciadores. Él nos llama a participar de su vida y misión, nos capacita para el anuncio eficaz de la Palabra en todo el mundo[43].

La Iglesia ha vivido desde su origen el anuncio misionero como una necesidad proveniente de la naturaleza misma de la fe. Las primeras comunidades cristianas sentían que su fe no pertenecía a una costumbre cultural particular, sino al ámbito de la verdad que concierne por igual a todos los hombres. Por eso la misión de la Iglesia no puede ser considerada como algo optativo en la vida eclesial. Es participación de la misión de Cristo para comunicar el Evangelio con la Palabra y con toda la vida, es anunciar el Evangelio para que llegue el Reino de Dios. Una Palabra que interpela, que llama a la conversión, que propicia el encuentro con Él, por el cual nace una humanidad nueva[44].

Recientemente el papa Francisco ha destacado en la cons-

43. Cf. BENEDICTO XVI, Exhortación apostólica *Verbum Domini*, 90-91.
44. *Ibidem*, 92-93.

titución Apostólica sobre la Curia Romana y su servicio a la Iglesia en el mundo *Praedicate evangelium* la prioridad de la evangelización, el hecho de que el anuncio del Evangelio es la tarea fundamental que el Señor Jesús encomendó a sus discípulos y es el primer servicio que la Iglesia presta a cada persona y a la humanidad entera. La Iglesia cumple su mandato sobre todo cuando da testimonio, de palabra y obra, del amor de Dios, de la misericordia que ella misma ha recibido. El Santo Padre sitúa la reforma de la Curia Romana en el contexto de la naturaleza misionera de la Iglesia y de la conversión misionera de la Iglesia:[45]

> «La 'conversión misionera' de la Iglesia está destinada a renovar la Iglesia según la imagen de la propia misión de amor de Cristo. Sus discípulos y discípulas, por tanto, están llamados a ser 'luz del mundo' (Mt 5,14). Así es como la Iglesia refleja el amor salvífico de Cristo, que es la Luz del mundo (cf. Jn 8,12). Ella misma se vuelve más radiante cuando trae a los hombres el don sobrenatural de la fe, la luz 'que orienta nuestro camino en el tiempo' y se pone al servicio del Evangelio para que esa luz «crezca e ilumine el presente, y llegue a convertirse en estrella que muestre el horizonte de nuestro camino en un tiempo en el que el hombre tiene especialmente necesidad de luz.»"[46]

Esa luz evangelizadora, que se recibe por la providencia de Dios y se mantiene en la medida que permanecemos en estado de gracia y amistad con Cristo, confiere a los discípulos del Señor con vocación de misioneros la seguridad de que en esta tarea no estamos solos, sino que recibimos la fuerza y los medios para desarrollar la misión. Por lo tanto, la misión de los discípulos es colaboración con la de Cristo y no se

45. Cf. FRANCISCO, *Constitución Apostólica sobre la Curia Romana y su servicio a la Iglesia en el mundo Praedicate evangelium,* 1.3.
46. FRANCISCO, *Constitución Apostólica sobre la Curia Romana y su servicio a la Iglesia en el mundo Praedicate evangelium,* 2.

fundamenta en las capacidades humanas sino en el poder del Señor resucitado presente en su Iglesia, infundiendo el don de su Espíritu Santo (cf. Hch 2,1-12).

1. Del Cristo evangelizador a la Iglesia evangelizadora

Jesús es el primer evangelizador. La misión de la Iglesia comienza con el envío de Cristo por parte del Padre eterno en el misterio de la Encarnación, llevando a su plenitud el mensaje de la Ley y los Profetas. El culmen de su misión será la entrega como víctima pascual en el Calvario, instaurando el misterio de su amor como fuente de perdón, de redención, de salvación y de santificación. Dios Padre confirmó la misión santa de nuestro Señor, resucitándolo de entre los muertos y sentándolo a su derecha[47].

El centro de su mensaje es el reino de Dios. El núcleo y centro de la buena nueva es la salvación, don de Dios, liberación de todo mal, sobre todo del pecado y del maligno. Se inicia en la vida de Cristo y llega a culminación por su muerte y resurrección, y debe ser continuado a través de la historia. El reino de Dios y la salvación son gracia y misericordia, pero se requiere también la colaboración a través de la renuncia, de la cruz y del sacrificio, y a la vez, con una vida conforme al Evangelio, y el espíritu de las bienaventuranzas; y sobre todo, con una conversión profunda de la mente y el corazón[48].

Quienes acogen con sinceridad la semilla de la Palabra, y viven la fe, la esperanza y el amor, y se reúnen en nombre de Jesús para buscar, vivir y construir el Reino, constituyen una

47. Cf. SAN PABLO VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi,* 7.
48. *Ibidem,* 8-10.

comunidad evangelizada y evangelizadora. La evangelización es la vocación propia de la Iglesia, constituye su misión esencial; una tarea y misión que los cambios amplios y profundos de la sociedad actual hacen cada vez más urgentes. Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda[49].

La razón de la actividad misionera, tal como subraya el Concilio Vaticano II en el decreto *Ad gentes divinitus*[50], se fundamenta en la voluntad de Dios, que quiere que todos los hombres se conviertan a Cristo y se incorporen a Él formando la Iglesia. El Señor puede conducir a la fe a los hombres que ignoran el Evangelio sin culpa por parte suya, pero la Iglesia tiene el deber y el derecho de evangelizar[51].

San Pablo VI, en su exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi,* desarrolla el concepto de misión y ofrece una definición descriptiva de la evangelización:

> «Evangelizar significa para la Iglesia llevar el Evangelio a todos los ambientes de la humanidad y, con su influencia, transformar desde dentro, renovar la misma humanidad [...]. Pero la verdad es que no hay humanidad nueva si no hay en primer lugar hombres nuevos, con la novedad del bautismo y de la vida según el Evangelio. La finalidad de la evangelización es por lo tanto este cambio interior y, si se tuviera que resumir en una palabra, lo mejor sería decir que la Iglesia evangeliza cuando, por la sola fuerza divina del Mensaje que proclama, intenta convertir al mismo tiempo la conciencia personal y colectiva de los hombres, la actividad en que ellos están comprometidos, su vida y ambiente concretos.»[52]

49. *Ibidem*
50. Cf. CONCILIO VATICANO II, Decreto *Ad gentes*, n. 11.
51. *Ibidem*, n. 7.
52. SAN PABLO VI, Carta encíclica *Evangelii nuntiandi*, n. 18.

Un proceso que abarca toda la realidad humana, que consiste en llevar el Evangelio a todos los ambientes, transformar la humanidad por medio de la transformación del ser humano, «iluminando y ordenando las realidades temporales a las que se está estrechamente vinculado, de tal modo que, sin cesar, se realicen y progresen conforme a Cristo»[53]. La finalidad de la evangelización es la conversión del hombre concreto y de la humanidad, una renovación profunda del corazón humano, unas nuevas raíces, una nueva orientación de todo el ser: criterios, valores, centros de interés, líneas de pensamiento, fuentes de inspiración, modelos de vida, en definitiva, la cultura del hombre.

San Juan Pablo II, en su encíclica *Redemptoris Missio*, afirmaba que la misión de Cristo confiada a la Iglesia, «está todavía muy lejos de cumplirse. Al final del segundo milenio después de su venida, una mirada de conjunto a la humanidad demuestra que esta misión está empezando y que nos tenemos que comprometer con todas las energías a su servicio»[54].

Distinguía el papa Wojtyla tres situaciones: En primer lugar, la misión *ad gentes* con los no cristianos, es decir, grupos humanos, pueblos, contextos socioculturales donde Cristo no es conocido, ni ha llegado el anuncio del Evangelio, o no ha arraigado, o faltan comunidades cristianas autóctonas organizadas y dotadas de energías propias y de madurez, que puedan encarnar la fe en el propio ambiente y anunciarla a otros grupos, y cooperar al bien de toda la Iglesia; en segundo lugar, acción pastoral o evangelizadora de la Iglesia donde hay comunidades cristianas con estructuras eclesiales ade-

53. CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Lumen gentium,* n. 31.
54. SAN JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptoris missio,* n. 1.

cuadas y sólidas, con fe y vida, que irradian el testimonio del Evangelio, sienten el compromiso de la misión universal y desarrollan la actividad pastoral de la Iglesia; en tercer lugar, la nueva evangelización con los bautizados no creyentes. Se trata de una situación intermedia, principalmente en los países de antigua cristiandad, donde grupos de bautizados han perdido el sentido de la fe, no se reconocen como miembros de la Iglesia y llevan una existencia alejada de la comunidad eclesial. En esta tercera situación, es necesaria una "nueva evangelización"[55].

Cada vez se da con más frecuencia esta tercera situación. A estas personas y grupos deseo que orientemos de manera especial nuestra actuación apostólica en Sevilla. Hemos de ser portadores del amor, la alegría y la paz de nuestro Señor Jesucristo, por medio de la fe, la actualización de la gracia divina, del testimonio concorde de nuestra vida con el Evangelio, y desde la profunda comunión de amor con la Trinidad divina. Seamos conscientes y sintámonos enviados a la misión en el momento presente.

2. La misión en el momento presente

Han pasado más de treinta años desde la propuesta evangelizadora de san Juan Pablo II, y la Iglesia ha enriquecido su Magisterio con las aportaciones de los pontífices Benedicto XVI y Francisco. Asimismo, los Sínodos de los Obispos destinados a la Palabra de Dios (2008) y a la Nueva Evangelización (2011) nos han indicado el camino para una lectura crítica de la realidad sociocultural a la luz de la Palabra de Dios y los signos de los tiempos que el Espíritu Santo nos propone en este nuevo milenio en el que nos vamos adentrando.

55. Cf. SAN JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptoris missio*, n. 33.

Por su parte, Benedicto XVI continuó la misión de acompañar pastoralmente a aquellos que definía *Redemptoris missio* como necesitados de la «nueva evangelización». De hecho, ya lo mencionó al inicio de su pontificado, a los Obispos de Canadá, cuando les recordó que la cultura es uno de los ámbitos de la evangelización, cuyo desafío fundamental es «hacer visible el rostro de Dios en el rostro humano de Cristo»[56]. Todos somos responsables en la misión de hacer presente a Dios por medio del mensaje y los signos de Cristo, en todos los ámbitos de la sociedad:

> «Es amplio vuestro campo de acción. Por una parte, se trata de defender y promover la cultura de la vida humana y de la legalidad, y por otra, es necesaria una conversión personal y comunitaria a Cristo cada vez más coherente. En efecto, para crecer en la fidelidad al hombre, creado a imagen y semejanza del Creador, hay que penetrar más íntimamente con coherencia en el misterio de Cristo y difundir su mensaje de salvación".[57]

La creación del Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización en 2010, por parte de Benedicto XVI, es la respuesta más clara y proactiva que la Iglesia ha ofrecido ante la progresiva secularización de la sociedad occidental y el eclipse del "sentido de Dios". En la exhortación apostólica *Verbun Domini* recuerda el papa Ratzinger que la Nueva Evangelización es confirmada por la eficacia de la Palabra divina, e insiste en que la complejidad de la situación actual requiere nuevas formas y en que el anuncio debe ir acompañado del testimonio cristiano coherente, que da credibilidad a la palabra:

56. BENEDICTO XVI, *A los Obispos de la Conferencia Episcopal de Canadá-Ontario en visita ad Limina Apostolorum*, 20 de mayo de 2006.
57. BENEDICTO XVI, Audiencia General, 7 de febrero de 2007.

««Es importante que toda modalidad de anuncio tenga presente, ante todo, la intrínseca relación entre *comunicación de la Palabra de Dios y testimonio cristiano*. De esto depende la credibilidad misma del anuncio. Por una parte, se necesita la Palabra que comunique todo lo que el Señor mismo nos ha dicho. Por otra, es indispensable que, con el testimonio, se dé credibilidad a esta Palabra, para que no aparezca como una bella filosofía o utopía, sino más bien como algo que se puede vivir y que hace vivir. Esta reciprocidad entre Palabra y testimonio vuelve a reflejar el modo con el que Dios mismo se ha comunicado a través de la encarnación de su Verbo. La Palabra de Dios llega a los hombres «por el encuentro con testigos que la hacen presente y viva». De modo particular, las nuevas generaciones necesitan ser introducidas a la Palabra de Dios «a través del encuentro y el testimonio auténtico del adulto, la influencia positiva de los amigos y la gran familia de la comunidad eclesial»[58].

La aportación del papa Francisco al reto de la evangelización en este contexto actual se hace especialmente importante por tres acentos[59]: El primero es la calidad espiritual que hemos de tener como evangelizadores, alejándonos de toda mundanidad espiritual y apostando con fe, humildad y caridad por la santidad en lo cotidiano:

«Dejémonos estimular por los signos de santidad que el Señor nos presenta a través de los más humildes miembros de ese pueblo que 'participa también de la función profética de Cristo, difundiendo su testimonio vivo sobre todo con la vida de fe y caridad'. Pensemos, como nos sugiere santa Teresa Benedicta de la Cruz, que a través de muchos de ellos se construye la verdadera historia: 'En la noche más oscura surgen los más grandes profetas y los santos. Sin embargo, la corriente vivificante de la vida mística permanece invisible. Seguramente, los acontecimientos decisivos

58. BENEDICTO XVI, Exhortación apostólica *Verbum Domini,* 97.
59. Cf. FRANCISCO, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, 76-77; *Gaudete et exsultate*, 6-9.

de la historia del mundo fueron esencialmente influenciados por almas sobre las cuales nada dicen los libros de historia. Y cuáles sean las almas a las que hemos de agradecer los acontecimientos decisivos de nuestra vida personal, es algo que solo sabremos el día en que todo lo oculto será revelado'».[60]

El segundo rasgo es asumir que "evangelizar" conlleva la radical necesidad de una conversión integral no solo de las personas, sino también de nuestras instituciones, ya que la coherencia de nuestro testimonio se manifiesta también por una conversión misionera de las estructuras de las diócesis, parroquias, comunidades religiosas, hermandades, realidades de Iglesia y movimientos, para que se conviertan en espacios de acogida sanadores y de encuentro con Cristo, a modo de «Iglesias samaritanas».[61]

Finalmente, el tercer rasgo que propone el Pontífice es la acción misma de evangelizar, cuyo sujeto es la Iglesia, comprendida esta con la imagen del Pueblo de Dios que caminaba en las tinieblas hasta que alcanzó a Cristo, Luz de las gentes, y que lo transforma en un espacio de fe, acogida y curación espiritual para todos:

«Ser Iglesia es ser Pueblo de Dios, de acuerdo con el gran proyecto de amor del Padre. Esto implica ser el fermento de Dios en medio de la humanidad. Quiere decir anunciar y llevar la salvación de Dios en este mundo nuestro, que a menudo se pierde, necesitado de tener respuestas que alienten, que den esperanza, que den nuevo vigor en el camino. La Iglesia tiene que ser el lugar de la misericordia gratuita, donde todo el mundo pueda sentirse acogido, amado, perdonado y alentado a vivir según la vida buena del Evangelio»"[62].

60. FRANCISCO, Exhortación apostólica *Gaudete et exsultate*, 8.
61. Cf. FRANCISCO, *Mensaje para la Campaña de la Fraternidad 2020 de la Iglesia en Brasil*, 26 febrero 2020.
62. FRANCISCO, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, 114.

3. La conversión para una salida misionera

En nuestra Archidiócesis de Sevilla se dan las tres situaciones descritas en *Redemptoris missio*. Vivimos en un contexto histórico común a toda Europa, que hemos denominado anteriormente como "países de antigua cristiandad". Podemos considerar algunos sectores de nuestra sociedad como poscristianos, en el sentido de que el Evangelio y la doctrina de la Iglesia se conocen, pero no se toman en consideración como criterio de actuación y discernimiento personal y social. El fenómeno migratorio, asimismo, nos ofrece un escenario nuevo, ya que parte de quienes se integran en nuestro tejido social sí conocen y viven las actitudes cristianas como algo importante en sus vidas —pienso en las personas provenientes del continente americano o del este de Europa—, pero hay otra parte, sobre todo de África y de Oriente Medio, compuesta por grupos humanos que no conocen el Evangelio o bien profesan su propia religión, como es el caso del Islam.

Nuestra Archidiócesis está formada por numerosas comunidades cristianas con estructuras eclesiales consolidadas y llenas de vitalidad, que en este contexto pastoral de nueva evangelización han de ser muy conscientes de la importancia de la palabra y del testimonio.

Cuando hablamos de testimonio no nos referimos únicamente al que se ofrece a través de la palabra, sino también al que se manifiesta con la vida, como de hecho recordábamos con el papa Francisco. San Pablo VI ya destacó su importancia primordial llegando a afirmar que «la Buena Nueva debe ser proclamada en primer lugar, mediante el testimonio».[63]

63. SAN PABLO VI, Carta encíclica *Evangelii nuntiandi,* n. 21

Una responsabilidad de todo bautizado, como miembro que es de la Iglesia, y de toda la Iglesia, como comunidad de bautizados. El testimonio de palabra y el de vida se refieren, se explicitan y se complementan. El de palabra aporta luz y fuerza al de vida; éste, a su vez, confirma y da credibilidad al de palabra.

Para que nuestra palabra sea oportuna e iluminadora y para que nuestro testimonio sea eficaz y transformador, es imprescindible que vivamos en un proceso continuo de conversión, que dura toda la vida, y afecta a todos los ámbitos: el personal, el comunitario y el pastoral.

Conversión personal

La conversión es un cambio profundo de mentalidad[64]. No se trata de una simple modificación de las actuaciones, sino de una renovación del corazón, de las actitudes, de los criterios y valores. Es un retorno a Cristo, al reino de Dios, que comporta una nueva orientación general. Consiste en volver a Dios, a la casa del Padre, reorientando el camino y la meta de la vida, para que el eje vertebrador sea Cristo, para que Él sea el centro en el que articulamos todos los demás elementos. Convertirse significa dejarse cambiar el corazón por Dios para poder recibir su vida y ver, con humildad de corazón, la propia pequeñez y la necesidad de la gracia de Dios.

La conversión conlleva un rechazo de los actos, sentimientos y actitudes pecaminosas, que me alejan de Dios y de los hermanos, para emprender una vida nueva dinamizada por

64. Cf. Y. CONGAR, *Evangelización y Catequesis,* Madrid 1968, pp. 65-82; BERNHARD HÄRING, La ley de Cristo I, Barcelona 1961, 415-449; T. GOFFI, *Vocablo Conversión en Nuevo Diccionario de Espiritualidad,* Madrid 1983, 269-274.

el Espíritu de Dios. No se trata únicamente de renunciar a acciones malas concretas, o a costumbres pecaminosas, sino, sobre todo, de un cambio sustancial del centro de la vida, de los sentimientos del corazón, de la actitud interior.

Jesús comienza su predicación diciendo: «Convertíos, porque el Reino de Dios está cerca» (Mt 4, 17). Lo que pide en primera instancia no son actos determinados de penitencia, sino retornar a Dios, reanudar los lazos de amor. La conversión es una acción del todo personal, y por ella se restablecen las relaciones personales con Dios. Por medio de ella el pecador recupera derechos filiales que había perdido: «¡Me levantaré, me pondré en camino adonde está mi padre!» (Lc 15, 18). La conversión restaura las relaciones con Dios, no unas relaciones cualesquiera, sino las relaciones de hijo. A cambio, hay que sacrificarlo todo y entregarse por entero, con alma, vida y corazón.

Es una tarea que supone don y gracia. Dios llama a la conversión de un modo general a través de su Evangelio y sus mandamientos, y se dirige también a cada uno de sus hijos en particular, y la conversión personal es un don suyo, aunque también es necesaria la libre cooperación del ser humano. La gracia pone a disposición del hombre la libertad interior necesaria para convertirse, obra una transformación profunda e íntima de su ser, y le lleva a nacer de nuevo (cf. Jn 3,7), a una nueva vida, a un corazón nuevo capaz de amar a Dios y a los hermanos con todas las fuerzas, participar del misterio pascual de Cristo, y renacer continuamente a una vida resucitada con el Señor.

Conversión comunitaria

El papa Francisco nos urge a una conversión comunitaria y pastoral para una transformación misionera de la Iglesia[65]. Hemos de construir comunidades nuevas, acogedoras, solidarias, responsables, llenas de amor. ¿Cuándo hay comunidad? Cuando se viven tres actitudes: el sentimiento del "nosotros", que significa el paso del yo y del tú, al nosotros; el sentimiento de la interdependencia, la realidad de que en una comunidad yo soy guardián de mis hermanos y ellos lo son de mí; el sentimiento de participación, es decir, que cada uno tiene su lugar y su función, y que todos son importantes[66].

En primer lugar, ser comunidad significa haber dado el paso del yo y del tú hasta el nosotros. Esto significa compartir, hacer propias las situaciones de los otros miembros del grupo. La comunidad nace cuando los individuos se sienten mutuamente acogidos y aceptados. En toda comunidad bien planteada, el menos dotado se debería sentir el más acogido y el más comprendido.

Por otra parte, para que un grupo de personas llegue a ser comunidad es imprescindible que sean y se sientan interdependientes. Ser comunidad es identificarse todos los miembros del grupo con un proyecto común. Podemos describir cuatro tipos de relaciones en la comunidad: En primer lugar, la dependencia, que es un modo de sometimiento de una persona a otra o a varias, o en otros casos una sumisión mutua; en segundo lugar, la antidependencia, que es una relación de dependencia, pero por contraposición, llevando la contraria

65. Cf. FRANCISCO, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, 25-33.
66. CCf. ATILANO ALAIZ, *La comunidad religiosa. Profecía de la nueva humanidad,* Madrid 1991, 101-149.

siempre; en tercer lugar, la independencia, que significa una relación sin compromiso en la que prima el yo sobre el nosotros, y el deseo de no comprometerse a fondo; por último, la interdependencia, relación en la que cada miembro del grupo tiene los mismos derechos y deberes y da lo mejor de sí mismo en favor del proyecto común. Este es el tipo de relación que facilita la comunión. Ser comunidad es ser interdependientes, y esto significa saber responsabilizarse los unos de los otros.

Finalmente, cada miembro de la comunidad ha de tener conciencia de desarrollar una función en el grupo. Cada cual tiene que sentirse útil, que aporta su colaboración a la obra común. Un deseo desmesurado e impaciente por la eficacia lleva con frecuencia a concentrar los trabajos y las responsabilidades en los más dotados para llegar a conseguir resultados inmediatos. Pero esto puede provocar inhibiciones en los demás, o puede impedir a otros miembros el desarrollo de sus capacidades, puesto que no se puede progresar sin participar en las tareas y sin asumir responsabilidades. Como el cuerpo humano en que todos los miembros tienen su función y todos son importantes.

Conversión pastoral

Es necesaria también una conversión pastoral y misionera, que no puede dejar las cosas como están. No sirve la simple administración, una pastoral de mantenimiento. Urge una conversión eclesial como apertura a una permanente reforma de sí por fidelidad a Jesucristo. Que las estructuras se vuelvan más misioneras, que sirvan porque hay vida que las anima, porque canalizan y dinamizan la vida en lugar de bloquearla o comprimirla[67] .

67. Cf. FRANCISCO, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium,* 26.

El 20 de julio de 2020, la Congregación para el Clero daba a conocer la publicación de una nueva instrucción pastoral titulada *«La conversión pastoral de la comunidad parroquial al servicio de la misión evangelizadora de la Iglesia».* La finalidad de este documento es fomentar la corresponsabilidad de los bautizados y promover una pastoral de cercanía y cooperación entre las parroquias. La Congregación recoge y apoya las iniciativas de muchos Obispos que están reformando estructuras eclesiales, y es consciente también de las dificultades de otros muchos por la falta de sacerdotes o por el difícil encaje de las diferentes vocaciones y carismas en comunión y corresponsabilidad. La Instrucción se elaboró para ayudar a responder a los desafíos que plantea esta vasta realidad, tan amplia y diversa.

Con esta Instrucción se quiere ofrecer un instrumento para motivar la reflexión y la renovación pastoral de las parroquias, que concierne a todas las instituciones eclesiales: comunidades parroquiales, comunidades religiosas, realidades de Iglesia y movimientos, hermandades y cofradías. Estas son una riqueza de la Iglesia que el Espíritu suscita para evangelizar todos los ambientes y sectores, que aportan un nuevo fervor evangelizador y una capacidad de diálogo con el mundo y de trabajo pastoral en la frontera, que renuevan a la Iglesia. Ahora bien, es imprescindible que se integren en la pastoral orgánica de la Iglesia particular, afectiva y efectivamente, con un celo renovado.

La conversión pastoral comporta no aferrarse al criterio de que «siempre se ha hecho así»[68]. El papa Francisco nos invita a ser audaces y creativos en la tarea de repensar los objetivos, las estructuras, el estilo y los métodos evangelizadores

68. Cf. FRANCISCO, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, 33.

de las propias comunidades; y sobre todo, exhorta a toda la Iglesia a que entre con decisión y generosidad por el camino de la conversión pastoral. Lo importante es no caminar solos, sino en comunidad, en familia, en Iglesia, con la guía de los Obispos, con la presencia de los hermanos y, llevando a la práctica un discernimiento pastoral sabio y realista, que favorece la conversión personal, comunitaria y pastoral que necesitamos cada uno de nosotros y que precisa la Iglesia para dar respuesta a los desafíos del mundo actual.

«Mira, hago nuevas todas las cosas»
(Ap 21, 5)

III EL EVANGELIO QUE PROCLAMAMOS

III. EL EVANGELIO QUE PROCLAMAMOS

La misión esencial de la Iglesia consiste en la evangelización de todos los hombres y mujeres, de todos lugares, de todos los tiempos. Evangelizar constituye la vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda, y la fuente de su alegría. Su existencia tiene sentido en la medida que anuncia, predica y enseña el Evangelio, siendo canal de la gracia de Dios, reconciliando a los pecadores con Él, perpetuando el sacrificio de Cristo en la santa Misa, memorial de su muerte y resurrección gloriosa[69]. En la misión encontraremos las claves de respuesta a los desafíos del momento presente; también recordaremos algunas actitudes para emprender la tarea evangelizadora que el Espíritu Santo nos encomienda; finalmente, haremos una llamada a la entrega generosa de todos los agentes de pastoral en los ámbitos y areópagos modernos de evangelización que los desafíos actuales nos presentan.

1. Claves de respuesta a los desafíos del momento presente

El misterio de nuestro Señor Jesucristo es la clave fundamental para comprender la voluntad de Dios sobre el sentido y el devenir de la historia de la humanidad. Así lo expresó san Pablo a modo de afirmación global de su vida y de la nuestra:

> «Llevar a plenitud la palabra de Dios, el misterio escondido desde siglos y generaciones y revelado ahora a sus santos, a quienes Dios ha querido dar a conocer cuál es la riqueza de la gloria de este misterio entre los gentiles, que es Cristo en

69. PABLO VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi,* 14.

vosotros, la esperanza de la gloria. Nosotros anunciamos a ese Cristo; amonestamos a todos, enseñamos a todos, con todos los recursos de la sabiduría, para presentarlos a todos perfectos en Cristo» (Col 1,25-28).

Desde este fundamento podemos enumerar algunas claves de respuesta que la Iglesia propone para la evangelización de nuestro mundo.

Ante la falta de sentido, liquidez y desvinculación: el testimonio de vida cristiana

Los tiempos líquidos, la sociedad líquida, el amor líquido, desembocan en un *hombre líquido* sin consistencia, sin estructura, sin compromiso. Para ayudar a despertar del letargo de la liquidez, del consumismo, de la superficialidad, es preciso un mensaje potente, una palabra poderosa, un verdadero ejemplo a seguir. Recordamos una vez más la célebre expresión de san Pablo VI: «El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escucha a los que enseñan, es porque dan testimonio»[70]. En términos parecidos se expresaba recientemente el papa Francisco en su viaje a Canadá: «Para anunciar el Evangelio también es necesario ser creíbles. Y este es el segundo desafío: el testimonio. El Evangelio se anuncia de modo eficaz cuando la vida es la que habla, la que revela esa libertad que hace libres a los demás, esa compasión que no pide nada a cambio, esa misericordia que habla de Cristo sin palabras»[71]

Un testimonio de vida coherente en un mundo en el que no abunda el interés por la verdad; una existencia que se

70. SAN PABLO VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi,* 41.
71. FRANCISCO, *Homilía en las Vísperas habidas en la Catedral de Notre-Dame de Quebec*, 28 de julio de 2022.

caracteriza por la bondad y la paciencia, la humildad y el espíritu de servicio, la alegría y la esperanza. Para poder ofrecer ese testimonio es necesario vivir una espiritualidad recia y profunda: una vida de oración intensa, que se alimenta de la Palabra de Dios y de los sacramentos; descubrir la Eucaristía como la fuente y la cumbre de la vida cristiana y de la vida de la Iglesia, y el sacramento de la Reconciliación como el encuentro con Cristo que libera del pecado, de la esclavitud más radical; descubrir la liturgia de la Iglesia como la escuela donde se aprenden los aspectos más esenciales de la espiritualidad católica.

Para ser auténtico testigo de Jesucristo en la sociedad actual es necesaria una sólida formación, porque nos movemos en un desafío cultural continuo. Eso significa, en primer lugar, ser competente en el ámbito profesional, y adquirir también una formación integral, una síntesis entre fe, cultura y vida. La formación fortalece las convicciones y alimenta la vida en Cristo. Por último, el evangelizador da testimonio de Cristo a través de la acción apostólica, actuando como lo que es, un hijo de Dios llamado a la santidad y al apostolado. Cristianos evangelizadores de sus contemporáneos, viviendo en medio de ellos, en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, dando respuesta a las nuevas situaciones de la economía y de la política, de la cultura, la ciencia y la investigación, viviendo su compromiso en la acción evangelizadora de la Iglesia y en la fermentación evangélica de las estructuras y los ambientes.

Ante el relativismo y subjetivismo de la cultura dominante: Dar a conocer a Jesús

La esencia del cristianismo, su centro, aquello que lo define, es la persona de Cristo, y la vida cristiana arranca de un encuentro con Él, tal como expresó bellamente el papa Benedicto XVI: «No se empieza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva»[72]. En la misma línea se expresó el papa Francisco, en su viaje a Canadá, cuando exponía su visión programática de la evangelización en este apasionante siglo XXI que el Señor nos confía:

> «Dar a conocer a Jesús. En los desiertos espirituales de nuestro tiempo, generados por el secularismo y la indiferencia, es necesario volver al primer anuncio. Lo repito: es necesario volver al primer anuncio. No podemos presumir de comunicar la alegría de la fe presentando aspectos secundarios a quienes todavía no han abrazado al Señor en sus vidas, o bien sólo repitiendo ciertas prácticas, o reproduciendo formas pastorales del pasado. Es necesario encontrar nuevos caminos para anunciar el corazón del Evangelio a cuantos todavía no han encontrado a Cristo».[73]

La centralidad de Cristo genera un modo de ser y actuar que ilumina todos los ámbitos de nuestra vida. Por un lado, el respeto y la sacralidad de la vida natural, don de Dios, nuestro Creador, considerando la grandeza de la vida humana, el valor incomparable de cada persona, que está llamada a participar de la misma vida de Dios[74]. Por

72. BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Deus caritas est,* 1.
73. FRANCISCO, *Homilía en las Vísperas habidas en la Catedral de Notre-Dame de Quebec*, 28 de julio de 2022.
74. Cf. SAN JUAN PABLO II, Carta encíclica *Evangelium vitae,* 2-4.

otro lado, Benedicto XVI nos recordaba que la vida económica también es un ámbito donde la gracia de Dios y su verdad deben reinar:

«El gran desafío que tenemos, planteado por las dificultades del desarrollo en este tiempo de globalización y agravado por la crisis económico-financiera actual, es mostrar, tanto en el orden de las ideas como de los comportamientos, que no sólo no se pueden olvidar o debilitar los principios tradicionales de la ética social, como la trasparencia, la honestidad y la responsabilidad, sino que en las *relaciones mercantiles* el *principio de gratuidad* y la lógica del don, como expresiones de fraternidad, pueden y deben *tener espacio en la actividad económica ordinaria*. Esto es una exigencia del hombre en el momento actual, pero también de la razón económica misma. Una exigencia de la caridad y de la verdad al mismo tiempo»[75].

Recientemente, lo volvió a recordar Francisco desde una eclesiología del santo Pueblo de Dios:

«Dos memorias se nos pide cuidar en nuestro pueblo. La memoria de Jesucristo y la memoria de nuestros antepasados. La fe, la hemos recibido, ha sido un regalo que nos ha llegado en muchos casos de las manos de nuestras madres, de nuestras abuelas. Ellas han sido, la memoria viva de Jesucristo en el seno de nuestros hogares. Fue en el silencio de la vida familiar, donde la mayoría de nosotros aprendió a rezar, a amar, a vivir la fe. Fue al interno de una vida familiar, que después tomó forma de parroquia, colegio, comunidades que la fe fue llegando a nuestra vida y haciéndose carne. Ha sido también esa fe sencilla la que muchas veces nos ha acompañado en los distintos avatares del camino»[76].

75. Cf. BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Caritas in veritate*, 36.
76. FRANCISCO, *Carta al Card. Ouellet, Presidente de la Comisión Pontificia para América Latina,* 19 de marzo de 2016.

Por eso hemos de enseñar a rezar, a descubrir el sentido de la existencia, a vivir la relación con Dios y a recordar la verdad más esencial del ser humano: su condición de criatura, su dependencia de Otro, que es fuente de todo bien, que lo ha creado y lo mantiene en la existencia; ayudar a que cada persona descubra que está llamada a vivir la unión con Dios, el diálogo con Él; sin este diálogo que es la oración, difícilmente se puede llegar a descubrir la verdad sobre nosotros mismos.

En definitiva, estamos llamados a ofrecer al mundo una moral firme y sencilla, que se fundamenta en el amor a Dios y el respeto absoluto a la persona y a la vida humana, especialmente cuando esa vida es más débil e indefensa, que consolida y defiende la dignidad humana. Aquí se halla el fundamento de nuestras respuestas.

Ante la pobreza y la migración: Testigos de la misericordia de Dios

El mandamiento del amor a Dios y al prójimo nos lleva a tomar conciencia de los demás. Estamos llamados a vivir en fraternidad, en familia, y eso se traduce en justicia y solidaridad. La actividad de la Iglesia en todos sus miembros ha de ser una expresión del amor de Dios, recibido, compartido y proyectado, que busca el bien de la Iglesia y el bien de toda persona que se cruza en nuestro camino. El papa Francisco nos pide que vivamos como una Iglesia que sale a las periferias al encuentro del pobre, del más débil; una Iglesia que se conmueve, que se compadece y se acerca, que afronta las situaciones y aplica los remedios adecuados, que cura las heridas y aporta calidez al corazón, que acoge en casa.

En un mundo tan impregnado de individualismo, es necesario recordar la responsabilidad "de unos sobre los otros". La pregunta de Dios a Caín: «¿Dónde está Abel, tu hermano?», es la misma pregunta que resuena en nuestra conciencia. Caín responderá con una evasiva: «No sé, ¿soy yo el guardián de mi hermano?» (Gn 4,9). No ha de ser así entre nosotros, porque ciertamente, somos guardianes de nuestros hermanos, todos, los unos de los otros. Y no sólo somos guardianes de una forma teórica y genérica, sino que somos interdependientes, más aún, somos hijos de Dios llamados a vivir en familia.

El amor que viene de Dios debe manifestarse en el ámbito personal y también como acto de la comunidad[77] .La Iglesia está llamada a ser comunidad de amor, que no es mera organización de ayuda a los necesitados, sino la expresión del acto más profundo de amor de Dios, que suscita en nuestro corazón la inclinación a amar. Por eso, el amor al prójimo es una obligación para cada fiel y para toda la comunidad eclesial. Así lo vivieron los cristianos de la primitiva comunidad de Jerusalén, que vivían todos unidos y tenían todo en común; vendían posesiones y bienes y los repartían entre todos, según la necesidad de cada uno (cf. Hch, 2, 44-45).

La misión de la Iglesia, en su acción caritativa y social, consiste en acoger, ayudar y trabajar con las personas en situación de necesidad y pobreza, y promocionarlas para que lleguen a ser protagonistas de su propio futuro, desde el compromiso de la comunidad cristiana. La sensibilización y la denuncia son dos herramientas fundamentales para incidir en la sociedad. Sensibilizar es hacer caer en la cuenta de la importancia o el valor de una cosa; la denuncia es poner

77. Cf. BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Deus es caritas*, 19-39.

de manifiesto las situaciones de injusticia, pobreza, marginación, exclusión o vulneración de derechos. La finalidad es que seamos conscientes del sufrimiento de los demás, que nos compadezcamos, que curemos sus heridas, que los acojamos en casa, que luchemos por cambiar las estructuras injustas, por una sociedad acorde a la voluntad de Dios.

Ante el enjambre digital: amistad vivida en la comunidad cristiana

El ser humano se caracteriza por la capacidad de convivir y colaborar con otras personas, de interactuar, de integrarse en el grupo y en la comunidad, y no sólo se caracteriza por la capacidad, sino también por la necesidad, porque es relacional, comunicativo, dialogal. A través de la convivencia con los otros madura y se realiza como persona. Para ello necesita proximidad física y también proximidad psicológica, relación e interacción con otras presencias próximas y amigas. La familia es la estructura básica y primaria de convivencia, pero llega un momento en que es insuficiente y se necesita el grupo de amigos. Más adelante éste también resultará insuficiente y hará falta un grupo más amplio en que las relaciones sean de comunicación profunda, de afecto, de compartir en común[78].

El enjambre digital obstaculiza el silencio que la persona necesita para reflexionar, dificulta el diálogo con los otros, entorpece la comunicación, anula la relación personal, imposibilita la convivencia, y a la vez, fomenta el aislamiento y el narcisismo. Ahora bien, el ser humano está creado para reflexionar, dialogar, convivir y relacionarse con los demás.

78. Cf. ATILANO ALAIZ, *La comunidad religiosa. Profecía de la nueva humanidad,* Madrid 1991.

Precisamente la experiencia de una comunidad cristiana responde a esa necesidad y a esa búsqueda; es relación profunda, comunicación de espíritus; significa vivir en amistad, en clima de familia, con la solidaridad de los que forman una única realidad, compartiendo los bienes materiales y las situaciones interiores, responsabilizándose mutuamente los unos de los otros, en fraternidad, como subraya el papa Francisco en la homilía antes citada, dando respuesta al tercer desafío: «La Iglesia será testigo creíble del Evangelio cuando sus miembros vivan más la comunión, creando ocasiones y espacios para que quienes se acerquen a la fe encuentren una comunidad acogedora, que sabe escuchar, que sabe entrar en diálogo, que promueve un buen nivel de relaciones»[79].

La amistad cristiana tiene una dimensión comunitaria y eclesial. La comunidad cristiana está llamada a mostrar al mundo que es posible vivir la amistad, y que dicha vivencia enriquece a la comunidad y la llena de gozo. La primera comunidad cristiana dio testimonio de una experiencia de amistad caritativa, y eso formó parte de la novedad del evangelio que proclamaba. Esta amistad comienza por un don de Dios y se experimenta en la medida en que Dios hace participar de su vida. La amistad eclesial ha de fundamentarse en la comunicación de bienes, en el compartir los bienes materiales y los espirituales. Eso significa compartir los mismos ideales, tener una misma mentalidad, unas convicciones similares y participar de una misma visión de la vida. Para cultivarla es necesario reavivar la conciencia de lo que une y del fundamento sobre el cual se puede construir todo lo demás. La Eucaristía significa y desarrolla lo más esencial de nuestra comunicación de bienes. El acto que constituye y mantiene

79. FRANCISCO, *Homilía en las Vísperas habidas en la Catedral de Notre-Dame de Quebec*, 28 de julio de 2022.

la amistad eclesial es la participación en la Eucaristía, porque introduce en la comunicación de bienes entre la Cabeza y los miembros, y porque que crea la comunión entre los miembros.

Ante el desafío del cuidado de la casa común: conversión ecológica

El papa Francisco marca el camino de respuesta ante el desafío del cuidado de la casa común[80]. En primer lugar, el diálogo. En la introducción de la Carta encíclica *Laudato Si* formula «una invitación urgente a un nuevo diálogo sobre el modo como estamos construyendo el futuro del planeta. Necesitamos una conversación que nos una a todos, porque el desafío ambiental que vivimos, y sus raíces humanas, nos interesan y nos impactan a todos»[81]. La primera respuesta, pues, es dialogar y trabajar unidos, en colaboración, desde los diferentes ámbitos de los países y la sociedad, buscando las posibles soluciones. Un diálogo honesto y convencido de que es posible encontrar un modelo de desarrollo sostenible; diálogo en la política internacional, nacional y local, en los procesos de decisión en el ámbito público y de iniciativa privada, entre la política y la economía, entre las diferentes tradiciones religiosas, y también entre las ciencias.

En segundo lugar, nos encontramos ante un gran desafío educativo, por eso es preciso fomentar la educación y la espiritualidad ecológica, para poder adoptar otro estilo de vida, otros hábitos. No es suficiente con la aplicación de leyes y normas con sus correspondientes sanciones. Es necesario

80. Cf. FRANCISCO, Carta encíclica *Laudato Si;* Mensaje del Santo Padre Francisco a la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa sobre Medio ambiente y derechos humanos: *Derecho a un medio ambiente seguro, saludable y sostenible,* 29 de septiembre de 2021.
81. FRANCISCO, Carta encíclica *Laudato si*, 14.

que la sociedad entera reciba la formación oportuna, con la motivación adecuada, y vaya cambiando de mentalidad. Todos los agentes educativos se han de aplicar decididamente, en todos los ámbitos: en la familia, la escuela, la parroquia, las entidades deportivas y de educación en el tiempo libre; también los medios de comunicación, etc. Una buena educación en la infancia y juventud produce efectos a lo largo de toda la vida.

En tercer lugar, es necesario superar los enfoques fragmentados y parciales para llegar a un planteamiento de ecología integral, de un desarrollo humano que integra los aspectos sociales, medioambientales y económicos y que tiene repercusiones en la vida cotidiana y en la cultura. La propuesta ha de tener en cuenta las interdependencias de las personas entre sí y con los sistemas de la naturaleza, con la certeza de que en el mundo todo está conectado como un sistema capaz de armonizar las relaciones fundamentales de la persona: con Dios, consigo misma, con los demás seres humanos, y con la creación. Este itinerario comienza a partir de las mejores aportaciones científicas hoy disponibles en materia de medio ambiente, para colocar después un fundamento sólido en el recorrido ético y espiritual que deberemos hacer.

Por último, es necesario entrar por el camino de la conversión ecológica. El problema que nos ocupa es antropológico, consecuencia del modo de entender la vida y la acción humana; radica en la concepción misma del ser humano, que se aparta del mandato de Dios a nuestros primeros padres de perfeccionar la tierra, de acompañar la creación, hasta el punto de llegar a dañarla gravemente a través de una técnica de posesión, de dominio y transformación, usando y abusan-

do de los recursos sin límite alguno. La solución no consiste en poner parches a las urgencias que se van presentando sino en una verdadera conversión ecológica por parte de las personas, las instituciones y los estados, en adoptar un nuevo estilo de vida que respete la obra creada por Dios.

2. Actitudes para emprender la tarea evangelizadora

Nosotros queremos ser evangelizadores, queremos ser reformadores y renovadores. Buscamos la forma, los medios, los referentes. Cuando nos preguntamos sobre quiénes son los reformadores de la Iglesia, los renovadores, los evangelizadores, el papa Benedicto XVI nos responde que son los santos:

> «Los santos, guiados por la luz de Dios, son los auténticos reformadores de la vida de la Iglesia y de la sociedad. Maestros con la palabra y testigos con el ejemplo, saben promover una renovación eclesial estable y profunda, porque ellos mismos están profundamente renovados, están en contacto con la verdadera novedad: la presencia de Dios en el mundo. Esta consoladora realidad, o sea, que en cada generación nacen santos y traen la creatividad de la renovación, acompaña constantemente la historia de la Iglesia en medio de las tristezas y los aspectos negativos de su camino. De hecho, vemos cómo siglo a siglo nacen también las fuerzas de la reforma y de la renovación, porque la novedad de Dios es inexorable y da siempre nueva fuerza para seguir adelante».[82]

82. BENEDICTO XVI, *Catequesis de la Audiencia General,* Roma, 13 de enero de 2010.

La santidad cristiana: horizonte de la tarea evangelizadora

Y ¿cómo se recibe esa nueva fuerza para seguir adelante, como se busca y se alcanza la creatividad de la renovación? Aquí nos responde el papa Francisco:

> «La santidad está hecha de una apertura habitual a la trascendencia, que se expresa en la oración y en la adoración. El santo es una persona con espíritu orante, que necesita comunicarse con Dios. Es alguien que no soporta asfixiarse en la inmanencia cerrada de este mundo, y en medio de sus esfuerzos y entregas suspira por Dios, sale de sí en la alabanza y amplía sus límites en la contemplación del Señor»[83].

Es indispensable, por lo tanto, que el esfuerzo de la conversión se sostenga en la oración, en el encuentro con Dios, con la fuerza de su gracia. Cada carisma es un diálogo vivo a cuatro bandas entre gracia, libertad, comunión y misión. Deben comparecer todos y cada uno de estos elementos, para que el Espíritu Santo lleve a cabo su obra.

La reforma ha sido siempre uno de los lemas de la Iglesia, especialmente de los santos. Ellos, con su corazón inquieto, han sido siempre los primeros en reconocer cuando la vida de la comunidad cristiana había perdido el equilibrio y se escoraba hacia una lógica no evangélica; aún más, han sido los pioneros en intuir las sendas que estaba abriendo Dios para vivir con más radicalidad y sinceridad el seguimiento de Jesucristo. Muchos de ellos, en vez de reforma, hablaban de conversión, especialmente cuando querían referirse al cambio individual, pero a nosotros nos resulta equivalente.

83. FRANCISCO, Exhortación apostólica *Gaudete et exsultate,* n. 148.

La gracia de Dios: fundamento de la santidad cristiana y la tarea evangelizadora

En todo proyecto de vida cristiana y en toda programación pastoral en el seno de la Iglesia, es preciso plantear la primacía de la gracia como el principio teológico esencial. De esta forma se puede superar la tentación de pensar que los resultados dependen de nuestras capacidades y de nuestros esfuerzos[84]. Como nos recuerda el Salmo 126, el esfuerzo humano es inútil sin la ayuda de Dios: «Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles; si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigilan los centinelas». Recordemos también el episodio de la pesca milagrosa, cuando los discípulos han estado bregando toda la noche y no han pescado nada (cf. Lc 5, 5). Pedro, sigue la indicación de Jesús, confía en su palabra, rema mar adentro, y se produce la pesca milagrosa. Es el fruto de la humildad y de la fe, de la confianza en el Señor, de la acción de la gracia.

La alegoría de la vid y los sarmientos es particularmente expresiva: "Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto; porque separados de mí no podéis hacer nada" (Jn 15, 5). Como la savia fluye a los sarmientos y les capacita para dar fruto, así el discípulo que vive en comunión profunda con Cristo, recibe su gracia y da un fruto abundante. El sarmiento no tiene vida propia, y por tanto, no puede dar fruto por sí mismo, necesita la savia, la vida de gracia que Jesús comunica. La unión con Jesús tiene la promesa de dar mucho fruto, mientras que la separación de él comporta una radical infecundidad. En el día del Bautismo somos injertados en la persona de Cristo y

84. Cf. SAN JUAN PABLO II, Carta apostólica *Novo millennio ineunte*, n. 38.

recibimos la vida divina. Sin Él no podemos hacer nada, pero unidos a Él, con su gracia, con su amor, lo podemos hacer todo, y en consecuencia, podemos llegar a la santidad. Eso sí, es indispensable permanecer siempre unidos a Cristo, y dejarse podar por el Padre para ir dando un fruto cada vez más abundante.

Para responder al reto de la santidad personal y de una pastoral evangelizadora[85] en nen nuestra archidiócesis, cabe recordar que es una llamada a todos los bautizados, que debemos tener el coraje de escucharla y responder generosamente, con la gracia de Dios. Me gustaría subrayar algunas actitudes imprescindibles para el camino de la santidad y la misión evangelizadora.

Actitudes del evangelizador

Una espiritualidad recia y profunda

La primera es vivir una profunda espiritualidad. Una vida de oración intensa, que se alimenta fundamentalmente de la Palabra de Dios y de los sacramentos. Es preciso descubrir la Eucaristía como la fuente y la cumbre de la vida cristiana y de la vida de la Iglesia, y el sacramento de la Reconciliación como el encuentro con Cristo que libera del pecado. La adoración, que de manera cada vez más natural y central forma parte de la vida de nuestras comunidades, y la espiritualidad que proviene de ella, ha de ser un elemento importante en nuestra vida espiritual. La adoración es un acto de fe, y sólo desde esta actitud se puede participar en la Eucaristía y recibir el Cuerpo del Señor de modo adecuado.

85. Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución apostólica *Lumen gentium,* n. 39; SAN JUAN PABLO II, Carta apostólica *Novo millennio ineunte,* n. 30.

En la liturgia encontramos una escuela que nos ayuda a transmitir los aspectos más esenciales de la espiritualidad católica. La celebración de la liturgia de la Iglesia va marcando la mente y el corazón de los creyentes con el sello trinitario a lo largo de todo el año y de toda la vida. La liturgia favorece en niños, jóvenes y adultos la educación espiritual más profunda, porque les enseña a vivir como hijos su relación con el Padre por Jesucristo en el Espíritu Santo. La liturgia tiene una fuerza santificadora y educativa única e incomparablemente mayor que las devociones particulares o los matices propios de cada espiritualidad concreta, ya que actualiza, hace presente el misterio pascual de Nuestro Señor con toda su fuerza transformadora.

En la espiritualidad también ha de ocupar un lugar preferente María Santísima. Madre de Dios y madre nuestra, que desempeña una misión única en la historia de la Salvación y en la historia de la Iglesia. Su vida es un ejemplo incomparable en el camino de la fe, en el que nos guía como estrella luminosa, y su quehacer de madre nos congrega como una familia y nos asegura su intercesión constante. Por eso es fundamental en la vida cristiana y en nuestra espiritualidad. Por otra parte, la Iglesia nos propone también a los santos como ejemplos en el seguimiento de Cristo, en la respuesta generosa a la llamada a la santidad.

La Virgen María está presente en la vivencia de la fe, en la devoción, en el sentimiento, en el arte, en el latido del corazón de Andalucía, por eso con razón nuestra tierra se denomina la «tierra de María Santísima». Ella está presente en cada corazón, en cada pensamiento, en cada paisaje. La devoción a la Inmaculada Concepción ha tenido gran trascendencia en la historia de Sevilla, en sus hermandades y su

religiosidad popular, que mantenía la creencia mucho antes de su proclamación como Dogma por el beato Pío IX el 8 de diciembre de 1854. La protestación de Fe y la renovación del juramento de defensa de los dogmas marianos que hacen las Hermandades en su Función Principal es una prueba de cómo se mantienen vivos el amor y la devoción a María Santísima.

Sentido de Iglesia

No podemos vivir la fe de forma individualista, ni tampoco el apostolado, porque es imposible en la situación actual, y sobre todo, porque Dios nos llama a vivir la fe en familia, en Iglesia. Recuerdo cómo el papa Benedicto XVI lo expresó de manera muy rotunda en la homilía de la Santa Misa en Cuatro Vientos: «Queridos jóvenes, permitidme que, como sucesor de Pedro, os invite a fortalecer esta fe que se nos ha transmitido desde los Apóstoles, a poner a Cristo, el Hijo de Dios, en el centro de vuestra vida. Pero permitidme también que os recuerde que seguir a Jesús en la fe es caminar con Él en la comunión de la Iglesia. No se puede seguir a Jesús en solitario. Quien cede a la tentación de ir «por su cuenta» o de vivir la fe según la mentalidad individualista, que predomina en la sociedad, corre el riesgo de no encontrar nunca a Jesucristo, o de acabar siguiendo una imagen falsa de Él»[86].

La Iglesia, peregrina en la tierra, ha de vivir la comunión con Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y también la comunión de los fieles que la integran entre sí, participando de la vida divina y formando un nuevo pueblo, una nueva familia, la familia de los hijos de Dios. En su ser más profundo, la Iglesia

86. BENEDICTO XVI, *Homilía de la Santa Misa en Cuatro Vientos,* 21 de agosto de 2011.

es misterio de comunión con Dios y entre las personas. La incorporación se realiza por el Bautismo, que es la puerta; a su vez, la Eucaristía es la raíz, el centro de la vida del cristiano y de la Iglesia. El cristiano ha de tener conciencia clara de su pertenencia a la Iglesia, ha de amarla y defenderla con pasión de hijo, y ha de recorrer su camino de vida cristiana desde la unión inseparable a Cristo y a la Iglesia.

En la oración sacerdotal Jesús se dirige al Padre diciendo: «Padre, que todos sean uno como tú y yo somos uno, para que el mundo crea» (Jn 17, 21). Vivir la unidad es la condición indispensable para anunciar el Evangelio, para que la acción evangelizadora sea eficaz, para el futuro mismo de la evangelización. Si no vivimos la unidad, no podemos ser creíbles cuando presentamos el mensaje cristiano. Por eso es especialmente importante el compromiso de todos para hacer de cada comunidad cristiana una casa y escuela de comunión.

Andar en verdad y humildad

En medio de una sociedad *líquida*, el cristiano ha de ser un sujeto consistente y firme. La persona consistente es la que integra con coherencia los diferentes elementos que componen su vida. Para llegar a vivir con firmeza, con consistencia, es necesario fundamentar la vida en Dios, y ese camino lleva a una existencia en verdad y humildad, en definitiva, a una existencia realista. La humildad sitúa a la persona en la verdad y la libra de la vanidad y la soberbia. La humildad no es más que la actitud realista, la actitud lógica que tiene la criatura ante Dios, su Creador. El humilde reconoce que todo lo ha recibido de Dios y que no es nada por sí mismo.

El camino de la humildad se aprende sobre todo desde la contemplación de Cristo Redentor y su humillación hasta la muerte en cruz. Él, siendo Dios, acepta la máxima humillación, el máximo abajamiento, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (cf. Flp 2, 1-11). Esta es la pedagogía de la obra redentora de Cristo y el camino que debe recorrer el discípulo. Todo progreso espiritual es gracia de Dios, que resiste a los soberbios y enaltece a los humildes. Santo Tomás de Aquino recuerda que la humildad aparta los obstáculos para la virtud porque expulsa la soberbia, a la que Dios resiste, y hace al hombre someterse al influjo de la gracia divina. Y desde este punto de vista, la humildad tiene razón de fundamento del edificio espiritual[87] .

El crecimiento en la vida de fe sólo puede tener lugar *en la verdad,* porque Dios siempre santifica en la verdad (cf. Jn 17, 17), y donde no hay humildad no hay tampoco verdad y, por consiguiente, no puede haber santificación posible. Santa Teresa de Jesús lo explica con lucidez: «Una vez estaba yo considerando por qué razón era nuestro Señor tan amigo de esta virtud de la humildad, y me puso delante esto: que es porque Dios es suma Verdad, y la humildad es andar en verdad; que es verdad muy grande no tener cosa buena de nosotros, sino la miseria y ser nada; y quien esto no entiende, anda en mentira»[88]. El cristiano del siglo XXI encuentra su consistencia viviendo en verdad, en humildad, centrando su vida en Cristo, superando toda tentación de construir egocéntricamente su existencia.

87. Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, II-II, 161, 6.
88. SANTA TERESA DE JESÚS, *Las Moradas, Moradas Sextas*, 10, 7.

Alegría y esperanza

El que se encuentra con Cristo, encuentra el tesoro escondido (cf. Mt. 13, 44-46) y este hallazgo produce una gran plenitud y alegría. Esta alegría de la salvación es algo que se percibe desde las primeras páginas del Evangelio: en la Anunciación; en la Visitación, cuando la Virgen María expresa su gozo con el cántico del Magníficat. Lo mismo sucede cuando Jesús nace en Belén y cuando María y José presentan al niño en el Templo. Los evangelios recogen también momentos de la vida pública en que el Señor muestra alegría y gratitud en una oración que celebra la benevolencia del Padre (cf. Lc 10, 21). También invita a los discípulos a alegrarse por el don del Espíritu Santo. La alegría es un fruto del Espíritu Santo, como el amor y la paz (cf. Ga 5, 22).

El acontecimiento definitivo que produce la alegría en los discípulos es el encuentro con Cristo resucitado: «Los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: "Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo". Y, dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: "Recibid el Espíritu Santo"» (Jn 20, 20). La celebración dominical de la Eucaristía actualiza cada ocho días la experiencia del encuentro con Cristo y la donación del Espíritu. De reconocer a Cristo resucitado «en la fracción del pan» (cf. Lc 24,30-32) nace la necesidad de comunicar a los otros hermanos y a todos los hombres que el Señor ha resucitado y está presente en nuestra vida y eso nos llena de verdadera alegría. Por eso, la alegría evangelizadora se manifiesta en el que vive según el domingo[89].

La alegría es fruto del amor, nace de él, según enseña san-

89. Cf. SAN JUAN PABLO II, Carta apostólica *Dies Domini*, 45.56.

to Tomás de Aquino. No es una virtud distinta del amor, sino su efecto[90]. «Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él» (1Jn 4, 16). El ser humano está llamado a recibir el amor de Dios, a permanecer y vivir según ese amor, a compartirlo y a comunicarlo. Cuanto más lo experimente en su vida, cuanto más corresponda al amor de Dios y cuanto más lo proyecte hacia los hermanos, mayor será su alegría. Un gozo inmenso y profundo que nada ni nadie le podrá arrebatar jamás. Una alegría más fuerte que las penas, las dificultades e incluso la persecución.

Desde la experiencia del amor de Dios, que genera un gozo inefable, el cristiano se ha de convertir en mensajero de alegría, que trasmite a los demás el gozo de haber encontrado a Cristo[91]. En la sociedad actual hay personas que viven tristes, angustiadas, hastiadas; personas que materialmente lo pueden tener todo, pero que han perdido el sentido de la vida y el gozo de vivir; que lo han probado casi todo y que están cansadas de casi todo. Los logros materiales, los avances científicos y tecnológicos, las posibilidades de placer, no acaban de saciar su sed de felicidad. Será preciso ofrecer un testimonio de esperanza, transmitir una alegría sencilla y contagiosa que sin duda provocará no pocos interrogantes.

Solidaridad con el sufrimiento humano

Hoy más que nunca hemos de vivir aquella afirmación del Concilio Vaticano II que mantiene toda la actualidad: «Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los más pobres y

90. Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, II-II, 28, 4.
91. Cf. BENEDICTO XVI, *Mensaje para la XXVII Jornada Mundial de la Juventud* 2012.

de cuantos más sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón»[92]. El samaritano de la parábola vio al herido y no se apartó del camino, al contrario, conforme se fue acercando, fijó la mirada en el herido y fue más consciente de la situación. Es preciso fijar la mirada en el otro, estar atentos los unos a los otros. El mandamiento del amor a Dios y al prójimo nos lleva a tomar conciencia de los demás. Desde una mirada de fe estamos llamados a vivir en fraternidad, en familia, y eso se traduce en justicia y solidaridad.

No se trata de un compromiso en momentos de crisis o de especial dificultad. La solidaridad y la ayuda desinteresada al prójimo son el ejercicio de la caridad por parte de la Iglesia[93] Este amor tiene que manifestarse a nivel individual, por parte de cada creyente, y también como acto de la comunidad, porque la Iglesia ha de ser una comunidad de amor. La acción caritativa y social de la Iglesia no puede ser una simple organización de ayuda al necesitado, por más eficiente que pueda llegar a ser. En el fondo, se trata de la experiencia del amor de Dios que produce un nuevo modo de vivir como personas y como cristianos, una generosidad que nace del encuentro con Cristo en la propia realidad, en la propia vida, que mueve a ayudar a los demás[94] .

Por consiguiente, amar, compadecer, ayudar a los hermanos necesitados, es algo esencial para la Iglesia, forma parte de su naturaleza más profunda. El amor de Dios nos lleva a compartirlo todo con los hermanos en la Iglesia y también nos lleva a traspasar sus confines para compartir la vida y los

92. CONCILIO VATICANO II, Constitución pastoral *Gaudium et spes,* n. 1. .
93. BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Deus caritas est,* 19-39.
94. Cf. BENEDICTO XVI, *Discurso ante los Cardenales y la Curia romana,* Roma, 22 de diciembre de 2011.

bienes con todo ser humano necesitado. La actividad de la Iglesia en todos sus miembros tiene que ser una expresión del amor de Dios; un amor recibido, compartido y proyectado, que busca el bien de la Iglesia y el bien de toda persona que encontremos en nuestro camino.

3. Agentes y ámbitos de evangelización

La palabra evangelización resume toda la misión de la Iglesia, el anuncio y transmisión del Evangelio, que en última instancia se identifica con el mismo Cristo, y que tiene como destinataria a toda la humanidad. Significa anunciar a Jesucristo con palabras y acciones, ser instrumento de su presencia y actuación en el mundo. Toda la Iglesia está llamada a evangelizar, en diferentes funciones y tareas, a través de diversos servicios, en la unidad de la misma misión: El Santo Padre, sucesor de Pedro; los obispos, sucesores de los Apóstoles; los presbíteros y diáconos; los miembros de la vida consagrada; los laicos y laicas, que viven su vocación en el corazón del mundo.

Agentes para la evangelización

El Obispo con los ministros ordenados

El Obispo es el principio de comunión en la diócesis; es el padre, pastor y servidor de todos. Los obispos reciben el ministerio de la guía de la comunidad como pastores, como maestros de doctrina y como sacerdotes del culto sagrado[95]. Reciben la misión de enseñar y de predicar el Evangelio a

95. Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Lumen gentium,* 20. 24-27; JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Pastores gregis* 26. 32. 42-43.

toda criatura, a fin de que todos los hombres lleguen a la salvación. El Obispo de la diócesis es el primer predicador del Evangelio con la palabra y también con el testimonio de vida. Es ministro de la santificación de los fieles, que comienza con el Bautismo, se alimenta con la Eucaristía y se fortalece con la Confirmación y la Reconciliación. A él se confía el oficio pastoral, que debe ejercer como quien sirve, inspirándose en el ejemplo de Cristo el Señor, que vino no para ser servido sino para servir y dar su vida por las ovejas (cf. Mc 10, 45).

Este triple ministerio no lo vive ni ejerce solo: los presbíteros y los diáconos colaboran, comparten la solicitud por la evangelización y se consagran plenamente al servicio de la Iglesia diocesana.[96] Nuestra vida y ministerio sacerdotal es continuación de la vida y de la acción de Cristo, de su estilo de vida y de sus actitudes. En eso consiste su identidad, ahí radica la fuente del gozo de la vida de ministros consagrados al Señor. La celebración de la Eucaristía es el momento privilegiado para expresar la unión con Cristo y la entrega a los hermanos.

Queridos hermanos sacerdotes y diáconos: gracias por vuestra entrega generosa, por vuestro trabajo en circunstancias a menudo cargadas de dificultades; os pido que mantengáis clara vuestra identidad, que viváis inmersos en el misterio de Cristo, en comunión con el Santo Padre y el Obispo, con el presbiterio, con la vida consagrada y el laicado, en sinodalidad. Sed testigos del gozo de la vida entregada a Cristo y a los hermanos, sed un referente luminoso para los jóvenes que se preparan para el sacerdocio en nuestros seminarios y que son fuente de esperanza para la Iglesia y para la sociedad.

96. Cf. CONCILIO VATICANO II, Decreto *Presbyterorum ordinis,* 2. 4; SAN JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptoris missio*, 67; ÍDEM, Exhortación apostólica *Pastores dabo vobis*, 15-18.

Ante la nueva etapa que comenzamos con la aplicación de un nuevo Plan Pastoral, pidamos al Señor la gracia de reavivar nuestro celo evangelizador, de fundamentar nuestro trabajo pastoral en la fe y en la esperanza, más allá de las dificultades, siempre presentes; pidamos la gracia de alcanzar un conocimiento profundo de los hombres y mujeres de nuestro tiempo; un conocimiento aprendido en la vida misma, nacido del contacto con la masa que el fermento evangélico debe vivificar, y la convicción de que es realmente posible que cuantos viven al margen de la fe pueden sentir la sacudida de la gracia. Por nuestra parte, seamos generosos en el trabajo pastoral y salgamos al encuentro de las personas.

Vivamos como una *"Iglesia en salida",* con un celo pastoral que nos lleve a la búsqueda de todas las ovejas. El Señor nos confía no sólo el cuidado pastoral de la comunidad cristiana sino también la evangelización de los indiferentes, los alejados, los no creyentes y de todos los que no han escuchado todavía el Evangelio. Procuremos ser hombres de comunión y sinodalidad, de misión y de diálogo, tendiendo puentes de fraternidad, de servicio, de búsqueda común de la verdad, de la paz y de la justicia. Procuremos el diálogo con los hermanos de otras confesiones cristianas, con creyentes de otras religiones, con todas las personas de buena voluntad que buscan la verdad y el bien. La predilección y el servicio a los más pobres y desvalidos sea nuestro distintivo.

La Vida consagrada

A lo largo de los siglos han surgido hombres y mujeres que, siguiendo la llamada de Dios, han elegido un camino de especial seguimiento de Cristo, para dedicarse a Él con corazón "indiviso", que lo han dejado todo para estar con Él y

ponerse al servicio de Dios y de los hermanos, manifestando el misterio y la misión de la Iglesia a través de los múltiples carismas recibidos y cooperando en la renovación de la Iglesia y la sociedad. Los miembros de la vida consagrada aportan la peculiaridad de su consagración, siendo en el mundo testigos elocuentes del Dios vivo.[97] La vida consagrada tiene una gran significación profética porque pone de manifiesto la primacía de Dios y de los valores evangélicos, que lleva a no anteponer nada al amor a Cristo y a los hermanos. En nuestro mundo es fundamental su testimonio valiente y profético a través del seguimiento y la imitación de Cristo.

Los Institutos de vida activa están presentes en todos los rincones de la Archidiócesis, desde el centro a las periferias geográficas y existenciales, donde llevan a cabo diversas obras de apostolado, según el carisma que han recibido: colaboración en el ámbito parroquial, el anuncio del Evangelio, la acción caritativa y social, el cuidado de nuestros mayores, la educación cristiana de niños y jóvenes, la evangelización del mundo de la cultura y la atención a los más pobres y necesitados. Ellos hacen presentes los valores del Reino a través de la vivencia de la castidad, la pobreza y la obediencia, con entrega total a Dios y plena disponibilidad para servir a las personas concretas y a la sociedad, siguiendo el ejemplo del mismo Cristo. Ellos continúan abiertos a la acción del Espíritu Santo y a los signos de los tiempos para dar respuesta a los nuevos retos que presenta el mundo actual.

Las comunidades de vida contemplativa presentes en la Archidiócesis son un signo de trascendencia y de comunión, de acogida y de oración. Su existencia sólo se explica des-

97. Cf. SAN JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Vita consecrata* 1.84-85; ÍDEM, Carta encíclica *Redemptoris missio*, 69.

de la fe y desde el amor. Con su forma de vida anticipan la meta hacia la cual se encamina la Iglesia peregrina. Desde su vida comunitaria, con el trabajo y la oración incesante, son una fuente de renovación de la sociedad y de la historia y contribuyen eficazmente al crecimiento de la Iglesia. Su vida sólo se puede entender desde la perspectiva que nos ofrece santa Teresa del Niño Jesús cuando explica su vocación: «Al contemplar el cuerpo místico de la Iglesia entendí que sólo el amor es el que impulsa a obrar a los miembros de la Iglesia y que, si faltase este amor, ni los apóstoles anunciarían ya el Evangelio, ni los mártires derramarían su sangre. Reconocí claramente y me convencí de que el amor encierra en sí todas las vocaciones, que el amor lo es todo, que abarca todos los tiempos y lugares, en una palabra, que el amor es eterno»[98].

Queridos hermanos y hermanas, miembros de los institutos religiosos, institutos seculares, sociedades de vida apostólica, vida eremítica, vírgenes consagradas y nuevas formas de vida consagrada: gracias por vuestro testimonio de vida. Os pido que estrenéis cada día vuestra consagración, que reavivéis incesantemente los dones recibidos, que con la diversidad de vuestros carismas manifestéis la riqueza de la Iglesia, que continuéis acompañando y dinamizando la acción evangelizadora en la diversidad y complementariedad de las distintas familias religiosas, en comunión y sinodalidad eclesial, que seáis gozo y esperanza para nuestra Iglesia diocesana.

98. SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS, *Manuscritos autobiográficos*, Lisieux 1957, 227-229.

El Laicado

Laicos[99] son todos los fieles incorporados a Cristo por el Bautismo, que forman parte del Pueblo de Dios, participan de la manera que les es propia en el triple oficio profético, sacerdotal y real de Jesucristo, y realizan, según su condición, la misión de todo el pueblo cristiano en la Iglesia y en el mundo. Su participación en la triple misión de Cristo y de la Iglesia tiene su raíz primera en el Bautismo, se desarrolla en la Confirmación y se alimenta en la Eucaristía. En virtud del Bautismo, el laico es corresponsable en la misión de la Iglesia, con una modalidad que lo distingue: la índole secular. El carácter secular es propio y peculiar de los laicos.

Viven en el mundo, implicados en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, en sus trabajos y ocupaciones: estudian, trabajan, establecen relaciones sociales, de amistad, culturales, profesionales, etc. De esta manera, el mundo se convierte en el ámbito y el medio de la vocación cristiana de los fieles laicos. La llamada a la santidad y al apostolado, primera y fundamental vocación, se desarrollará y expresará de modo particular en su inserción en las realidades temporales y en su participación en las actividades terrenas, manteniendo una unidad de vida por la que se van santificando en la vida profesional y en la vida social ordinaria.

Los laicos trabajan en la construcción del Reino gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según la voluntad de Dios, transformando el mundo desde dentro, como el fermento, mediante el ejercicio de sus propias ta-

99. Cf. SAN JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Christifideles laici,* 2. 3. 9. 14-17; CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Lumen gentium,* 30-32; CONCILIO VATICANO II, Decreto *Apostolicam actuositatem,* 1-4; SAN JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptoris missio,* 71-74.

reas, guiados por el espíritu evangélico, haciendo presente a Cristo con su palabra y testimonio. Las imágenes de la sal, la luz y la levadura son particularmente expresivas para indicar la inserción y la participación de los laicos en el mundo, en la sociedad, y expresan la originalidad y la novedad de esta participación.

Colaboran a través de diversos tipos de servicios, unos dentro de la Iglesia: como animadores de la oración, del canto y de la liturgia, en el anuncio de la Palabra de Dios y la catequesis, como responsables de hermandades, de comunidades eclesiales y de grupos de estudio y de revisión de vida, como encargados de las obras caritativas, como administradores de los bienes de la Iglesia, como dirigentes de los diversos movimientos, grupos y asociaciones apostólicas. Otros servicios se proyectan en el exterior de la Iglesia: en las familias, en las escuelas, en la vida política, económica, social y cultural.

Permitidme una palabra sobre las hermandades y cofradías, que constituyen un auténtico hecho diferencial de nuestra Archidiócesis. Por su magnitud y vitalidad destacan como agentes y ámbitos privilegiados de transmisión de la fe, actúan como verdaderos cauces de la piedad popular, y asumen como fines propios la evangelización de sus miembros mediante la formación teológica y espiritual, el fomento de una vida más perfecta de los mismos, la realización de actividades de apostolado, la promoción de obras de caridad y piedad, y la dinamización del orden temporal con espíritu cristiano[100]. Son herederas de un rico legado de devoción y tradición recibido del pasado, y siguen siendo escuelas po-

100. Cf. ARCHIDIÓCESIS DE SEVILLA, *Normas diocesanas para Hermandades y Cofradías de la Archidiócesis de Sevilla,* Art. 8, 15 de agosto 2016.

pulares de fe vivida y talleres de santidad, manteniendo firmes los requisitos de la evangelización y la eclesialidad[101].

Como destacó el papa Francisco en su mensaje a los participantes en el Congreso Nacional de Laicos: «La Palabra viva de Dios necesita ser predicada con pasión y alegría a través del testimonio cristiano para poder derrumbar hasta los muros más altos que aíslan y excluyen. Es la hora de ustedes, de hombres y mujeres comprometidos en el mundo de la cultura, de la política, de la industria, etc., que con su modo de vivir sean capaces de llevar la novedad y la alegría del Evangelio allá donde estén. Los animo a que vivan su propia vocación inmersos en el mundo, escuchando, con Dios y con la Iglesia, los latidos de sus contemporáneos, del pueblo»[102].

Queridos laicos y laicas: gracias por vuestro amor a la Iglesia, por vuestro sentido de Iglesia, porque os sentís miembros vivos, en comunión, corresponsabilidad y sinodalidad. Vivimos en un mundo en cambio constante, en el que es preciso que demos respuesta a las nuevas situaciones en el interior de la Iglesia, en la sociedad, en la familia, en el mundo del trabajo, en la economía y la política, en la cultura, la ciencia y la investigación. Es fundamental e imprescindible vuestro compromiso en la acción evangelizadora que lleve a renovar los ambientes y las estructuras a la luz del Evangelio.

101 Cf. BENEDICTO XVI, *Discurso a la Confederación de Cofradías de las diócesis de Italia*, 10 de noviembre de 2007.
102. FRANCISCO, *Mensaje a los participantes en el Congreso Nacional de Laicos,* Madrid, 14 de febrero de 2020.

Ámbitos y areópagos modernos

Hemos visto que en la misión eclesial se pueden distinguir tres situaciones de evangelización: la acción pastoral ordinaria, la "nueva evangelización" con los alejados, y la misión *ad gentes*. La misión *ad gentes* se lleva a cabo en diferentes ámbitos: En los ámbitos territoriales; en mundos y fenómenos sociales nuevos; y, en tercer lugar, en áreas culturales o areópagos modernos. La dimensión territorial sigue siendo importante, y sigue vigente; las rápidas y profundas transformaciones que caracterizan el mundo actual, requieren un gran ejercicio de adaptación y nuevas respuestas; en cuanto a los areópagos modernos, no cabe duda de que ponen a prueba toda nuestra creatividad misionera[103].

Son muchos los ámbitos y areópagos del mundo moderno hacia los cuales tiene que orientarse la actividad misionera: en primer lugar, los territorios y grupos humanos; en segundo lugar, los grupos humanos marginados y aislados, los jóvenes, los migrantes, los refugiados y las situaciones de pobreza; por último, el mundo de la comunicación, el compromiso por la paz, el desarrollo y la liberación de los pueblos, los derechos del hombre y de los pueblos, la promoción de la mujer y del niño, la salvaguarda de la creación; también el areópago de la cultura, de la educación, de la investigación científica, de las relaciones internacionales, de la política, la economía y la investigación[104]. Todos son importantes, y a todos hemos de llevar el anuncio del Evangelio. Creo que vale la pena que profundicemos en algunos de ellos.

103. Cf. SAN JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptoris missio*, 33.37-38.
104. *Ibidem.*

El mundo de los jóvenes

La Fundación SM ha realizado una investigación sobre las personas jóvenes en España en un contexto global marcado por las consecuencias sanitarias y socioeconómicas de la reciente pandemia. Ha publicado un nuevo informe titulado «Jóvenes españoles 2021. Ser joven en tiempos de pandemia». Según este informe, la salud, la familia y la educación son los tres pilares fundamentales para los jóvenes españoles. Sus principales preocupaciones son la igualdad de género, la igualdad social y el medioambiente. En el informe se aprecia un aumento de los jóvenes que consideran muy o bastante importante a la religión. De hecho, de 2016 a 2020, el porcentaje de los que así lo refieren ha pasado del 16 % al 22,7 %. La cifra se multiplica por dos —del 5 % al 10,6 %— en los que creen que es "muy importante" para su vida[105].

Los jóvenes forman parte de la sociedad actual, de la cual hemos detallado algunas características. Se observa en buena parte de ellos una especie de orfandad por la falta de referentes claros; otra característica es el deseo de tenerlo todo y enseguida, lo cual genera incapacidad para mantener una memoria portadora de sentido para el presente y de orientación para el futuro; adolecen, en general, de falta de capacidad de sufrimiento, de sacrificio y de esfuerzo, que aboca a un proceso de maduración un tanto retardado; se suele dar en ellos también una excesiva afirmación de las libertades individuales, que desemboca en el subjetivismo y en una autonomía desproporcionada del individuo frente a la pretensión de las instituciones de regular sus comportamientos; por último, el individualismo subjetivista y la servidumbre de las nuevas tecnologías.

105. Cf. www.fundacion-sm.com.

La Iglesia no provoca demasiado entusiasmo en los jóvenes. Bastantes de ellos la perciben como algo caduco y propio de personas mayores, como fuente de prohibiciones, y alejada de los grandes problemas y de los retos que ellos se plantean. No la perciben como portadora de sentido, como una institución capaz de responder a sus problemas. Pero también los hay que descubren una Iglesia que está a su lado, lucha con ellos y por ellos, y que, aunque no está exenta de errores, realiza un esfuerzo generoso y desinteresado a través de las comunidades cristianas, de la labor de los misioneros, de muchas personas que trabajan por los más pobres y excluidos de la sociedad. Por otra parte, la aspiración a la justicia, a la paz y a la solidaridad arrastra a muchos jóvenes a sintonizar y a implicarse en multitud de actividades solidarias que la Iglesia organiza.

Es preciso que nos pongamos ante la juventud con una actitud de humildad y de escucha, tanto de sus críticas como de sus deseos y aspiraciones. El objetivo principal de la pastoral de juventud es propiciar en el joven un encuentro con Cristo que transforme su vida, que le haga descubrir en él la plenitud de sentido de su existencia. Como consecuencia iniciará un proceso de conversión, la búsqueda de una plena identificación con él, la santidad de vida. Del encuentro con Cristo brotará también la vivencia de la pertenencia a la Iglesia, el anuncio evangelizador y el compromiso en medio del mundo. Los jóvenes no se enamoran de las doctrinas, de las normas morales o de los valores; los jóvenes se enamoran de personas concretas, y se comprometerán hasta dar su vida por la Persona de Jesucristo. Y del encuentro con el Señor nacerán iniciativas y compromisos al servicio de la paz, la justicia, los pobres, y cualquier causa noble que se les presente.

El encuentro con Cristo lleva al joven a una experiencia de Iglesia, de la pertenencia a una gran familia, a través de la oración, de la mano del único Señor. A pesar de las dificultades de la vida, es algo grande experimentar que se forma parte de la Iglesia universal, y es imprescindible en el mundo de hoy para poder vivir en cristiano. Por eso, hay que ayudar a los jóvenes a sentirse miembros de la Iglesia, en plena comunión con sus pastores y con el sucesor de Pedro. Por otra parte, hemos de confiar en los jóvenes; ellos han de sentirse y ser corresponsables de la misión evangelizadora, han de participar activamente en la vida de la Iglesia, celebrar su fe y asumir sus responsabilidades siendo protagonistas de la evangelización y artífices de la renovación de la sociedad. Los jóvenes están dispuestos a comprometerse en la Iglesia y en el mundo, y es preciso darles responsabilidades y confiar en ellos.

Las situaciones de pobreza

El papa Francisco quiso dedicar el último gran encuentro del Jubileo de la Misericordia a los considerados como los "últimos" en la sociedad. Hasta la basílica de San Pedro se desplazaron unas 6.000 personas marginadas socialmente. Instituyó la Jornada Mundial de los Pobres, que se celebra el domingo anterior a solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo. «Esta Jornada tiene como objetivo, en primer lugar, estimular a los creyentes para que reaccionen ante la cultura del descarte y del derroche, haciendo suya la cultura del encuentro. Al mismo tiempo, la invitación está dirigida a todos, independientemente de su confesión religiosa, para que se dispongan a compartir con los pobres a través de

cualquier acción de solidaridad, como signo concreto de fraternidad»[106].

La voluntad del Santo Padre es que toda la comunidad cristiana tienda la mano a los pobres, a los débiles, a los marginados; su deseo es que, además de las obras y los gestos concretos de solidaridad, lleguemos a experimentar un encuentro con estos hermanos nuestros, y seamos capaces de compartir no sólo nuestras cosas, sino nuestra vida, porque los pobres no son únicamente los destinatarios de una limosna o un tiempo de voluntariado una vez a la semana. Estas acciones, que son válidas y útiles, nos han de llevar más allá, hasta un verdadero encuentro con los pobres y un compartir con ellos, que se convierta en un nuevo estilo de vida[107].

La acción de la Iglesia debe llegar a todas las personas, sin excepciones. Ahora bien, si tuviéramos que manifestar alguna preferencia, ¿a quiénes deberíamos privilegiar? La respuesta nos la da el Señor en el Evangelio: no tanto a los familiares, o a los amigos, o a los vecinos ricos, que te corresponderán invitándote a su vez, y de esta forma quedarás pagado. Invita a los pobres y enfermos, porque éstos no pueden corresponderte; recibirás tu paga en la otra vida (cf. Lc 14,12-14).

La Iglesia está llamada a vivir su misión a través de un compromiso con los más necesitados, siguiendo el ejemplo de Cristo. Así lo han expresado los Pontífices recientes, desde una significativa continuidad en el desarrollo doctrinal. San Juan Pablo II en la Carta encíclica *Sollicitudo rei socialis*, afirmó que la opción preferencial por los pobres es una forma especial de primacía en el ejercicio de la caridad cristiana, de

106. FRANCISCO, *Mensaje para la I Jornada Mundial de los Pobres,* 13 de junio de 2017, 6.
107. Cf. Ibidem, 6.

la cual da testimonio toda la tradición de la Iglesia[108] .

Más adelante, el papa Benedicto puso esta opción preferencial por los pobres en relación con la condición de todo cristiano, porque la fe nos libera del aislamiento del yo y nos lleva a la comunión, al encuentro con Dios, que es, en sí mismo, encuentro con los hermanos, un acto de responsabilidad hacia el otro y hacia los demás. En este sentido, la opción preferencial por los pobres está implícita en la fe en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza (cf. 2Cor 8,9)[109]. Por lo tanto, la fe en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, lleva implícita la opción preferencial por los pobres. De ahí que el amor a Dios y al prójimo son inseparables y constituyen un único mandamiento.

El papa Francisco propone la inclusión social de los pobres[110], subrayando que todos estamos llamados a trabajar en su liberación y promoción, de manera que se curen sus heridas, queden capacitados para vivir por sus medios, puedan integrarse plenamente en la sociedad, y sean acogidos en la comunidad cristiana. Afirma que quiere una «Iglesia pobre para los pobres», porque ellos tienen mucho que enseñarnos, y es necesario que nos dejemos evangelizar por ellos. Nuestro compromiso con ellos comporta programas y acciones de asistencia y promoción, de denuncia y cambio de estructuras, ciertamente, pero comporta también hacerse uno con ellos hasta el punto de que se sientan en casa, en familia, y finalmente, nuestra opción por ellos ha de traducirse en atención espiritual, una atención religiosa prioritaria para que recuperen plenamente su dignidad de hijos de Dios.

108. Cf. SAN JUAN PABLO II, Carta encíclica *Sollicitudo rei socialis,* 42.
109. Cf. BENEDICTO XVI, *Discurso inaugural Conferencia Aparecida,* n. 3.
110. FRANCISCO, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium,* 186- 216.

El areópago de la cultura

La Iglesia, desde sus inicios, «aprendió a expresar el mensaje cristiano con los conceptos y en la lengua de cada pueblo y procuró ilustrarlo además con el saber filosófico. Procedió así a fin de adaptar el Evangelio a nivel del saber popular y a las exigencias de los sabios en cuanto era posible"[111]. El Concilio Vaticano II destacó la importancia fundamental de la cultura para el pleno desarrollo del ser humano, los múltiples vínculos que existen entre el mensaje del Evangelio y la cultura, así como la importancia de la colaboración y el mutuo enriquecimiento entre las culturas y la educación cristiana. Cultura es todo aquello con que el hombre desarrolla sus cualidades espirituales y materiales, perfecciona la creación, hace más humana la vida social, y expresa, comunica y conserva en sus obras grandes experiencias espirituales y aspiraciones para que puedan ayudar a todo el género humano[112].

San Pablo VI señaló que el Evangelio y la evangelización no se identifican con la cultura y son independientes respecto a todas las culturas. Ahora bien, el Reino que anuncia el Evangelio es vivido por hombres profundamente vinculados a una cultura concreta, y su construcción por fuerza ha de tener en cuenta los elementos culturales. Evangelio y evangelización han de impregnar todas las culturas sin someterse a ninguna[113]. El papa Francisco matiza que «el anuncio a la cultura implica también un anuncio a las culturas profesionales, científicas y académicas. Se trata del encuentro entre la fe, la razón y las ciencias, que procura desarrollar un nuevo discurso de la credibilidad, una original apologética que ayu-

111. CONCILIO VATICANO II, Constitución pastoral *Gaudium et spes*, 44; cf. CONSEJO PONTIFICIO DE LA CULTURA, *Para una pastoral de la cultura*, Roma 1999.
112. CONCILIO VATICANO II, Constitución pastoral *Gaudium et spes*, 53-62.
113. Cf. SAN PABLO VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, 20.

de a crear las disposiciones para que el Evangelio sea escuchado por todos"[114].

El 20 de mayo de 1982 fue creado el Consejo Pontificio para la Cultura por san Juan Pablo II. Le movió a ello la percepción de la importancia creciente del diálogo de la Iglesia con la cultura y la necesidad de impulsarlo:

> «Ya desde el comienzo de mi pontificado, vengo pensando que el diálogo de la Iglesia con las culturas de nuestro tiempo es un campo vital, donde se juega el destino del mundo en este ocaso del siglo XX. Existe efectivamente una dimensión fundamental, capaz de consolidar o de remover desde sus cimientos los sistemas que estructuran el conjunto de la humanidad, y de liberar la existencia humana, individual y colectiva, de las amenazas que gravitan sobre ella. Esta dimensión fundamental es el hombre, en su integridad. Ahora bien, el hombre vive una vida plenamente humana gracias a la cultura"[115].

Meses antes, en un discurso a los participantes en el Congreso Nacional del Movimiento Eclesial de Compromiso Cultural, manifestó que «la síntesis entre cultura y fe no es sólo una exigencia de la cultura, sino también de la fe [...] Una fe que no se hace cultura es una fe que no es plenamente acogida, completamente pensada o fielmente vivida»[116]. La evangelización de la cultura y la inculturación de la fe comportan un diálogo de investigación de la verdad, y también de confrontación respetuosa y honesta. Por eso será preciso propiciar espacios y tiempos de reflexión y de diálogo.

114. FRANCISCO, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, 132.
115. SAN JUAN PABLO II, *Carta autógrafa por la que se instituye el Consejo Pontificio de la Cultura*, de 20 de mayo de 1982.
116. SAN JUAN PABLO II, *Discorso ai partecipanti al Congresso Nazionale del Movimento Ecclesiale di Impegno Culturale*, 16 gennaio 1982, 2.

Somos conscientes de la importancia de la evangelización de este areópago en sus diferentes campos: científicos, tecnológicos, educativos, artísticos. Un areópago inmenso y complejo, una misión apasionante a la cual nos hemos de aplicar desde la confianza en el Señor. Vivimos nuevos tiempos que presentan nuevos desafíos y que exigen respuestas nuevas. En palabras de san Juan Pablo II al Consejo Pontificio para la Cultura: «No es nueva, por cierto, en la Iglesia, la preocupación por evangelizar las culturas, pero hoy presenta problemas con carácter de novedad en un mundo marcado por el pluralismo, choque de ideologías y hondas mutaciones de mentalidad»[117]. Misión apasionante la de realizar un nuevo acercamiento, un nuevo diálogo con las culturas, y hacer fecundo su encuentro con el mensaje de Cristo; misión apasionante el trabajo pastoral en el campo de la Universidad y de la cultura universitaria, potenciando un humanismo que tenga en cuenta la dimensión trascendente del hombre.

El mundo de la comunicación

El 4 de diciembre de 1963, el Concilio Vaticano II emitió el Decreto *Inter mirifica*, sobre los medios de comunicación social, y exhortaba a que todos los hijos de la Iglesia los utilizaran eficazmente en las obras de apostolado, teniendo en cuenta aquello que fuera más conveniente en cada tiempo y lugar[118]. Más adelante, en 1990, san Juan Pablo II nos sorprendía afirmando que «el primer areópago del tiempo moderno es el mundo de la comunicación, que está unificando a la humanidad y transformándola —como suele decirse— en una 'aldea global'. Los medios de comunicación social han alcanzado tal importancia que para muchos son el principal

117. SAN JUAN PABLO II, Discurso a los miembros del Consejo Pontificio para la Cultura, 15 enero 1985, 3.
118. Cf. CONCILIO VATICANO II, Decreto *Inter mirifica,* 13.

instrumento informativo y formativo, de orientación e inspiración para los comportamientos individuales, familiares y sociales"[119].

En enero de 2005, sesenta años después del primer documento, y treinta y dos después del segundo, ya iniciado el tercer milenio, el papa Wojtyla consideró conveniente reflexionar de nuevo sobre los desafíos que las comunicaciones sociales planteaban a la Iglesia, que, además de utilizar los medios de comunicación para anunciar el Evangelio, debía integrar el mensaje de salvación en la nueva cultura que dichos medios crean y difunden. De ahí el convencimiento de que el uso de los medios y las nuevas tecnologías de la comunicación forman parte de su misión en el nuevo milenio. La comunidad eclesial ha sido consciente de esta responsabilidad, y ha dado pasos significativos en cuanto a su uso en la información religiosa, la evangelización y catequesis, y también en la formación de agentes de pastoral[120] .

El papa Benedicto XVI abrió cuenta en la plataforma de *microblogging Twitter*, y comenzó a tuitear el 12 de diciembre de 2012. En su mensaje para la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales del año 2013 habló de las redes sociales y las definió como portales de verdad y de fe, como nuevos espacios para la evangelización, como una realidad que está contribuyendo a que surja una nueva «ágora», una plaza pública y abierta en la que las personas comparten ideas, informaciones, opiniones, y donde, además, nacen nuevas relaciones y formas de comunidad. La cultura de las redes sociales y los cambios en las formas y estilos de la co-

119. SAN JUAN PABLO II, Carta encíclica *Redemptoris missio,* 37; CONCILIO VATICANO II, Constitución pastoral *Gaudium et spes,* 5; PONTIFICIO CONSEJO PARA LAS COMUNICACIONES SOCIALES, Instrucción pastoral *Aetatis novae,* Roma 1992.
120. Cf. SAN JUAN PABLO II, Carta apostólica *El rápido desarrollo,* 2, 24 de enero de 2005.

municación suponen todo un desafío, pero el uso de estos nuevos lenguajes es necesario para que el Evangelio encuentre nuevas formas de expresión que puedan llegar a las mentes y los corazones de las personas. Las redes sociales son un factor de desarrollo humano, y ofrecen al hombre de hoy ocasiones para orar, meditar y compartir la Palabra deDios[121].

La Iglesia es enviada a anunciar el Evangelio a todos los hombres y mujeres, de todos los lugares, de todos los tiempos. El mandato misionero sigue vigente en un mundo en el que la influencia de los medios de comunicación y las redes sociales es cada vez más decisiva en el desarrollo religioso, psicológico y moral de las personas, en los sistemas políticos y sociales, en la percepción y transmisión de valores, en la educación. A la vez, los medios de comunicación y las redes sociales hacen posibles unas oportunidades inmensas para llevar a cabo ese anuncio. Por eso, hemos de dar gracias a Dios por estos medios nuevos y eficaces, que pueden facilitar el anuncio y hacer más eficaz la colaboración entre los evangelizadores.

Este fenómeno ha de llevar a la Iglesia a una revisión pastoral que le ayude a afrontar el cambio de época que estamos viviendo. Es importante que la propuesta del Evangelio se haga de modo incisivo y facilite una actitud de escucha y acogida en todos los ámbitos. Por eso es necesario incorporarse al mundo de las nuevas tecnologías, que crean nuevas oportunidades para una comunicación que se debe entender como evangelización de ese medio concreto. Hay que explorar y aprovechar todas las posibilidades que ofrece Internet, un nuevo foro para la proclamación del Evangelio, para la

121. Cf. BENEDICTO XVI, *Mensaje para la XLVII Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales*, 24 de enero de 2013.

educación, para la evangelización, para la comunicación interna, para la coordinación, para la comunión y sinodalidad.

El desarrollo del mundo digital constituye un gran recurso, una gran oportunidad, un horizonte pastoral nuevo, sin fronteras, que nos invita a ser testigos del Señor y dar respuesta a los nuevos desafíos. No hemos de tener miedo a las nuevas tecnologías, al contrario, hemos de estar presentes, porque son medios que el Señor pone a nuestra disposición para descubrir, aprender, comunicar, para anunciar el Evangelio, la salvación de Nuestro Señor Jesucristo.

«Mira, hago nuevas todas las cosas»
(Ap 21, 5)

CONCLUSIÓN

CONCLUSIÓN

«Mira, hago nuevas todas las cosas» (Ap 21, 5). Cristo hace nuevas todas las cosas porque nos comunica la vida divina que renueva la faz de la tierra, que lo transforma todo. Actualmente nos encontramos en un momento decisivo de la historia de la Iglesia y de la humanidad, un momento de profundas transformaciones, un verdadero cambio de época, con nuevos desafíos a los que debemos dar respuesta con la gracia de Dios, con la fuerza del Espíritu Santo, desde la conciencia de la misión que hemos recibido. En este inicio de un nuevo Año Litúrgico nos ponemos en manos del Señor, que está siempre presente en nuestra vida y nos dará la fuerza para transformar todas las cosas y hacerlas nuevas.

Hemos conocido el amor de Dios y hemos creído en él (cf. 1Jn 4, 16). Hemos experimentado la salvación de Dios y escuchado la llamada a ser sus testigos. Nuestro anuncio ha de ser Buena Nueva centrada en la Persona de Jesucristo, y desde Cristo en el Padre y el Espíritu Santo. Cristo entra en la historia, en la vida del ser humano, y manifiesta el amor de Dios. Es el Salvador, que nos libra del pecado y de la muerte, es el Camino, la Verdad y la Vida, que nos ofrece entrar en su amistad; es la respuesta a los interrogantes, aspiraciones y desafíos del hombre, porque el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio de Cristo[122].

El Evangelio que proclamamos es un anuncio que responde a los desafíos del momento presente, que interpela, que suscita una respuesta, que provoca la conversión. Un anuncio proclamado por testigos, porque el apóstol es un testigo enviado, que ha visto, ha experimentado y comunica su propia experiencia, desde el amor a la Iglesia, con humildad

122. Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución pastoral *Gaudium et spes*, 22.

y coherencia, con solidaridad, con un estilo esperanzado, convencido y convincente, con la alegría que provoca la experiencia del encuentro con Cristo. Una evangelización de la que todos y cada uno de los bautizados somos responsables y protagonistas. Un anuncio que hemos de hacer presente en todos los ámbitos y areópagos modernos.

La misión se lleva a cabo desde la confianza en el Señor, presente en la Iglesia todos los días hasta al fin del mundo (cf. Mt 28, 20). Su presencia nos da la fuerza para entregarnos con nuevo ardor y creatividad. El Espíritu Santo, protagonista de la misión, nos guía y acompaña. En nuestra archidiócesis hispalense, en el nuevo milenio comenzado, reavivamos la misión con nuevo impulso, porque el mandato misionero mantiene toda su vigencia y nos hemos de aplicar con el mismo entusiasmo y generosidad que los Apóstoles y los santos evangelizadores que nos han precedido. Nos encomendamos a la intercesión de los santos obispos Geroncio, Leandro e Isidoro; a las santas mártires Justa y Rufina, y a la beata Victoria Díez; nos encomendamos a san Fernando, a Miguel Mañara, al beato Marcelo Spínola, a san Manuel González y a las santas Ángela de la Cruz y María de la Purísima. Cristo resucitado está presente en su Iglesia, la fuerza de su Espíritu es nuestra fuerza. María Santísima, Nuestra Señora de los Reyes, es la estrella que nos guía en la misión.“*Duc in altum”.*

Sevilla, 27 de noviembre de 2022

+ José Ángel Saiz Meneses,
Arzobispo de Sevilla

Archidiócesis
evilla